

# Los “muchachos” en la revolución sandinista (Nicaragua, 1978-1980)

*Gilles Bataillon*

---

## *Resumen*

La imagen de los muchachos armados es emblemática de la revolución sandinista. Estos muchachos encarnaron el símbolo de una renovación política que abría un lugar a jóvenes provenientes de las clases populares, el grupo más abandonado por el somocismo. El papel redentor que los sandinistas confirieron a la juventud no fue, paradójicamente, una innovación dentro de las propuestas políticas nicaragüenses, como lo prueba la “Oda a Franklin Roosevelt” de Rubén Darío y después la obra de Ernesto Cardenal. Cercano al Frente Sandinista, Cardenal desempeña un papel central en la “heroización” de los combatientes del Frente, en lucha contra la barbarie somocista y de sus cómplices estadounidenses. Retomando imágenes extraídas del cancionero popular de los Mejía Godoy, los sandinistas se proclaman portavoces de estos muchachos excluidos del juego político. Más aún, utilizarán la idea de una juventud sacrificada que alimenta el grueso de las milicias antisomocistas, para cimentar su hegemonía al tomar el poder después de la caída de Somoza.

Palabras clave: anti-imperialismo, comunismo, hombre nuevo, intelectuales, juventud, Nicaragua, revolución, sacrificio, sandinismo.

## *Abstract*

### **The “muchachos” in sandinista revolution (Nicaragua, 1978-1980)**

The image of muchachos bearing arms was the symbol of the novelty of the Sandinista revolution. These muchachos were perceived as the mark of a political revival, which would provide a place for youth from the popular classes who appeared as the ones who had been left behind during Somoza’s reign. The redemptive role given to the youth is paradoxically not a novelty in Latin American political conceptions as the

“Ode from Roosevelt” to Ruben Darío and his posterity in Nicaragua proves—notably in the works of Ernesto Cardenal— Rallied to the Sandinista front, that poet played a central role in the heroization of those who fought on the Front and then became the young lions inspired by Darío. Since Somoza’s barbarity occurred under the yoke of the United States, they were in charge of struggling against it. Many of these images were used by songwriters like Mejia Godoy, and the Sandinistas claimed to be the spokesmen of the muchachos that were excluded from the political game. Moreover, they argued that the sacrifices that were made by the youth, who made up the majority of anti-Somoza fighters were important in order to establish from the beginning their hegemony over the power put in place after Somoza’s fall.

Key words: anti-imperialism, communism, new man, intellectuals, youth, Nicaragua, revolution, sacrifice, sandinista movement.

---

### 1. 1979, el momento de los “muchachos”

Si acaso existe una palabra asociada a la revolución sandinista, sin duda alguna esa es la palabra “muchacho”, más comúnmente utilizada en su forma plural: “muchachos”. La palabra remite a las imágenes de varios momentos clave de los inicios de esta revolución, tales como las jornadas de la insurrección sandinista de septiembre de 1978 y los combates contra la Guardia Nacional en León, la segunda ciudad más importante del país; los combates en la ciudad vecina de Chinandega o, incluso, en Estelí y en Matagalpa, en las zonas cafetaleras del norte del país, y en Masaya y en Carazo, en la periferia de Managua; además de remitir a las tres semanas (del 28 de mayo al 15 de junio) de “la ofensiva final” de 1979 que resultaron en la derrota de Somoza y en la instauración de la primera Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (JGRN), el 20 de julio de 1979 en Managua.

En primer lugar, recordemos los momentos de la insurrección armada, muy bien cubiertos tanto por los medios de comunicación de la época como por las películas de ficción, tales como la famosa *Under Fire*. En primer plano, se ven pequeños grupos de muchachos, algunos de ellos muy jóvenes, de catorce o quince años, que austeramente armados —la mayoría de las veces con rifles carabina 22 largos, con fusiles de caza, con revólveres, con bombas Molotov o caseras— levantan barricadas y atacan, bajo la dirección de guerrilleros del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), a los soldados de la Guardia. Los guerrilleros que dirigen esos ataques sorpresa son fácilmente reconocibles y, aunque a menudo son de mayor edad, entre dieciocho y veinte años, y están mejor armados, con algunos fusiles Garand estadounidenses o con fusiles automáticos ligeros belgas (FAL) y, a veces, con uno o dos M16, casi todos ellos portan un brazalette o un pañuelo con los co-

lores del FSLN y, algunas veces, un uniforme sencillo. Frente a ellos, los vehículos blindados y los jeeps de la Guardia Nacional —cuyos hombres sí están muy bien equipados, con Garand o FAL, con tahalíes y cartucheras, con cascos pesados y uniformes iguales a los del ejército estadounidense— y, por último, los oficiales y suboficiales que los dirigen. Como telón de fondo, edificios semidestruídos por los bombardeos de la Guardia, con frecuencia desmantelados por los insurgentes para poder deslizarse de casa en casa y, así, poder avanzar encubiertos; calles cuyas partes centrales están desiertas o a veces repletas de cadáveres y cuyas orillas están tomadas por columnas de insurgentes o de soldados; otras calles están cerradas con barricadas hechas de adoquines —los mismos adoquines que recubrían las calles del país— y llenas de gente que llegaba a apoyar a los “muchachos”.

Los “muchachos” son indistintamente los guerrilleros sandinistas y los jóvenes que se les unieron. Y el empleo repetido del término, tanto por la población como por los medios de comunicación nacionales y extranjeros, ha quedado como testimonio de la incuestionable simbiosis entre la población nicaragüense, su juventud y los guerrilleros sandinistas que combatieron codo a codo la dictadura de Anastasio Somoza Debayle. La palabra simboliza la lucha contra una dictadura y el entusiasmo que ésta despierta tanto en América Latina como en Europa y Norteamérica. No es ninguna casualidad que el autor de uno de los primeros libros sobre esta revolución, Francis Pisani, la haya usado como título de su amplio reportaje acerca de la insurrección, *Muchachos* (Pisani, 1980), ni que el escritor Sergio Ramírez, ex vicepresidente de Nicaragua (1985-1990) haya intitulado sus memorias sobre la revolución *Adiós muchachos* (Ramírez, 1999).

El lugar que ocupó esta revolución en los medios de comunicación internacionales, la manera en que el fotoperiodismo o el cine impusieron su imagen y el eco que encontró la canción de protesta nicaragüense son las mejores pruebas de este fervor por los “muchachos”. Recordemos las fotos tomadas por Susan Meiselas,<sup>1</sup> que fueron primera plana de muchos periódicos. Partamos de una de sus tomas más famosas, que se convirtió en un cartel de propaganda para las Milicias Populares Sandinistas y se utilizó para realzar el valor del papel de los jóvenes cristianos radicalizados. En la foto, un joven combatiente sandinista, con un rosario alrededor del cuello en plena batalla, cubierto con una boina muy guevariana, blande con la mano izquierda un FAL y arroja con la derecha una bomba Molotov del otro lado

<sup>1</sup> Estas fotos, tomadas en 1978 y 1979, fueron difundidas por Magnum y algunas de ellas fueron publicadas en el *New York Times*. Después, se reunieron en un libro: *Nicaragua June 1978-July 1979*, Aperture Foundation, 2008. La edición en versión española fue publicada paralelamente en Nicaragua por el IHNCA-UCA.



de una barricada. Este personaje está lejos de ser un desconocido para los nicaragüenses, Charrasca es uno de los guerrilleros más conocidos de León, un joven marginado que se sumó al Frente y cuya bravura hizo temblar a la Guardia Nacional. Su gesta eclipsa las imágenes de los chilenos atemorizados y mantenidos a raya por los militares durante el cuartelazo del 11 septiembre de 1973, dirigido por Pinochet. Este guerrillero crístico representa también un Guevara resucitado y victorioso. Las imágenes de la multitud reunida el 20 de julio para la ceremonia de la victoria en Managua, delante de la catedral en ruinas y del Palacio Presidencial, son otra manera de borrar las de La Moneda en Chile, con un Palacio de gobierno ametrallado por los aviones de caza, mientras que Salvador Allende se suicidaba en su interior. El eslogan de la Unidad Popular, “El pueblo unido jamás será vencido”, no sólo recupera su sentido sino que además es transfigurado por la caída de Somoza y la desbandada de la Guardia Nacional. Pero aún hay más. Esas imágenes no son solamente las de una revancha, sino que también permiten repudiar otras más complicadas de admitir por el imaginario progresista, las de los *boat peoples* vietnamitas o las de los rostros severos de los Jemeres Rojos apoderándose de Nom Pen antes de evacuar por la fuerza a todos los habitantes. *Under Fire* (1983), el filme realizado por Roger Spottiswoode, también es representativo de este espíritu de la época de finales de la década de 1970. Utiliza la trama cronológica de la guerra civil contra Somoza, no sólo para llevar a escena una verdadera oda a los “muchachos”, sino también para entregarse a una apología de un periodismo comprometido, en ruptura con la defensa de la estricta objetividad. Recordemos también la intriga en que se ve involucrada un trío de periodistas: Russel, un fotógrafo de guerra; Alex, un reportero de la televisión estadounidense, inspirado en el personaje de Bill Stewart, quien fuera asesinado por la Guardia el 21 de junio de 1979; y su compañera Claire, también periodista, fueron enviados a cubrir los acontecimientos nicaragüenses. Mientras que Alex regresó a Estados Unidos para convertirse en presentador de uno de los más grandes noticieros televisivos, Russel y Claire son contactados por los sandinistas, quienes les piden entrevistar a su líder, Rafael, cuya muerte había sido anunciada por el gobierno. Rafael encarna una suerte de Germán Pomares, “El Danto”, asesinado el 24 de mayo en el cerro de La Cruz (Jinotega) por la Guardia Nacional. Los guerrilleros estaban convencidos de que la publicación de una foto de Rafael demostraría que aún estaba vivo y que eso reanimaría al pueblo ante una represión cada día más feroz. El fotógrafo y la periodista se prestaron al juego. Las escenas en que, bajo la luz del alba, Russel fotografía el cadáver de Rafael, tienen todo de una resurrección laica. Extendido, como lo estaba el cadáver de Guevara en el lavadero de la lavandería del hospital de

Vallegrande en las tierras bajas bolivianas, el cuerpo de Rafael recobra vida. La publicación de su foto, asociada a una entrevista que Claire realizó a sus lugartenientes, quienes vuelven a dar voz a sus propósitos, inclina la situación a favor de la guerrilla. El traspíe periodístico que cometieron Russel y Claire en nombre de la necesaria solidaridad con los oprimidos es magnificado a través de una doble historia de amor, aquella entre los dos estadounidenses y aquella entre el pueblo y los “muchachos”, reanimada por la resurrección momentánea de ese sosias del “Danto”.

El éxito que tuvo este filme es emblemático del lugar que ocupó la revolución sandinista en el imaginario progresista. A pesar de que el descubrimiento de los *boat people* o de las atrocidades de los Jemeres Rojos habían dado lugar a cuestionamientos sobre algunos puntos ciegos del trabajo periodístico durante las guerras de Indochina, en particular sobre la ausencia de interrogantes respecto de la naturaleza política de los Jemeres Rojos<sup>2</sup> y del Pathet Lao o, incluso, del futuro posible de un Vietnam reunificado, esta revolución centroamericana permitió, por el contrario, darle la espalda a este tipo de cuestionamientos. Esta revolución le vuelve a dar un aliento fresco a un periodismo comprometido, más preocupado por idealizar procesos que por analizarlos.

El momento ya no estaba para cuestionarse sobre los vuelcos de la historia, sino para respaldar a los pueblos en lucha por su liberación. Los “muchachos” sandinistas eran la prueba viviente de la factibilidad de una revolución no totalitaria que combinaría ideales de justicia social y aspiraciones libertarias, vinculadas a un respeto por el pluralismo y a una no alineación real en materia de política internacional. La opinión pública mundial se entusiasmó con las primeras medidas adoptadas por el gobierno revolucionario: la confiscación de los bienes de Somoza y de sus partidarios, los inicios de la reforma agraria, la instauración de un “poder popular” encarnado en los Comités de Defensa Sandinista (creados en cada barrio) y, por último, la “Cruzada nacional de alfabetización” y su “Guerra contra la ignorancia”. Estas primeras medidas fueron, por mucho, prueba suficiente de la inventiva de la revolución y de un nuevo tipo de democracia que se instituyó sobre la base de las nuevas relaciones sociales de solidaridad y de igualdad que aparecieron en las semanas de la insurrección final.<sup>3</sup>

Treinta años después, esa imagen de una revolución que abría una “nueva vía” ha fracasado. Como lo han analizado muy bien algunos revolucionarios

<sup>2</sup> Para leer más acerca de este tema, véase el muy destacado testimonio de François Bizot (2002).

<sup>3</sup> Los libros de Francis Pisani (1980), de Jean-Michel Caroit y Véronique Soulé (1981), o incluso el de Henry Weber (1981), son muy reveladores de ese espíritu de la época. Se suman a estas obras, publicadas en francés, la de Pilar Arias (1980), y la de Margaret Randall (1980).

que se distanciaron del Frente Sandinista, la revolución sandinista fue dominada muy pronto por un partido: el Frente Sandinista y los nuevos miembros de su Dirección Nacional. Resta por comprender por qué y cómo se forjó esa imagen de una revolución de los “muchachos”; cuál fue en realidad el papel de la juventud en el derrocamiento de Somoza; cuáles fueron los vínculos entre esa juventud y el sandinismo; cómo se construyó esa relación privilegiada entre la juventud y el Frente Sandinista; en qué sentido esa relación se inscribió en toda una serie de *habitus* latinoamericanos y, más específicamente, nicaragüenses; y en qué contribuyó esa relación a la formación de un nuevo tipo de actor sociopolítico.

## 2. El papel redentor de la juventud

El entusiasmo por la revolución de los “muchachos” es testimonio de una reactivación de la creencia en un papel político redentor de la juventud. Sabemos que el tema es añejo en Occidente y que le debe mucho a la revolución francesa y, luego, a las revoluciones de 1848 (Levy y Schmitt, 1996). La América Latina del siglo XX valora de la misma manera ese papel de la juventud. Pensemos en el *Ariel* de José Enrique Rodó, publicado en 1900, así como en el Ateneo de la Juventud y, luego, en la obra de Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública en México, en el movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918, en los escritos de Mariátegui y de Haya de la Torre en la década de 1920. Rememoremos los llamamientos de Fidel Castro y de Ernesto Guevara en la década de 1960 y pensemos también en el papel de la juventud peronista en la Argentina de la década de 1970. Muchos momentos en los cuales los escritores o actores políticos le otorgan un papel central a la juventud en la creación de una sociedad liberada de la dominación imperialista. No cabe duda de que estos múltiples llamamientos no se articulan con otros proyectos muy distintos o, incluso, rigurosamente antagonistas. Rodó y los estudiantes de Córdoba sólo apelan a un mesianismo político de la juventud escolarizada. El primero la invita a denunciar el materialismo anglosajón y a propiciar un retorno al espíritu de las humanidades clásicas; los segundos le depositan la responsabilidad de renovar la pedagogía en un sentido moderno y nacionalista. El Ateneo hace eco de estas temáticas, muy especialmente de aquella de Rodó. Sin embargo, al momento de pasarlas a la cabeza de la Secretaría de Educación, a principios de la década de 1920, Vasconcelos hace mucho más. Sienta las bases de un proyecto educativo moderno que pretende fundar una “raza cósmica”, uniendo en un movimiento vitalista el pasado indígena precolombino —las culturas

populares— a las grandes obras de la cultura clásica. El lema otorgado a la Universidad hace honor a ese papel regenerador de una nueva cultura: “Por mi raza hablará el espíritu”. Los revolucionarios peruanos, Haya de la Torre y Mariátegui, fueron los primeros en dar a la juventud un papel explícitamente político y partisano. Los estudiantes son llamados a convertirse en un lazo de unión entre las clases populares urbanas, la clase obrera incipiente y el campesinado indígena. Aunque concuerdan sobre este papel militante de la juventud, los dos pensadores divergen sobre la naturaleza de la sociedad que buscan construir, sobre el tema del imperialismo y el de las alianzas de clase, así como sobre el papel del marxismo. Castro y Guevara convierten a los estudiantes y a la juventud escolarizada en los cuadros guerrilleros, liberados del “vicio deliberativo” y sometidos a jefes visionarios, los únicos aptos para reorientar el curso de la Historia.

Evidentemente, Nicaragua ha participado activamente en estos debates, debido a que el istmo centroamericano, y más precisamente la propia Nicaragua, fueron una de las primeras zonas donde se ejerció el imperialismo de injerencia de Estados Unidos. El primer momento de esta política fue la tentativa fallida de un filibustero, William Walker, que en un inicio estaba al servicio de los liberales nicaragüenses, por transformar al país en un Estado esclavista de la Confederación. Más tarde, Estados Unidos tomaría partido por los conservadores contra la revolución liberal del General Zelaya (1893-1909), quien ambicionaba quitarle a ese país su influencia comercial y financiera. Estados Unidos ocupó dos veces Nicaragua: de 1912 a 1925 y, luego, de 1926 a 1933, cuando fueron derrotados por el General Sandino, quien había estado al mando de un Ejército Defensor de la Soberanía Nacional. Después, los diferentes gobiernos de Estados Unidos mantendrían, de manera ininterrumpida y casi incondicional, la dinastía de los Somoza, cuyo fundador, Anastasio Somoza García, el comandante en jefe de la Guardia Nacional formada por Estados Unidos, tomó el poder en 1936, dos años después de haber mandado asesinar a Augusto César Sandino.

En este contexto fue como empezaron a resonar los primeros llamamientos a la movilización de la juventud nicaragüense. Rubén Darío, padre del modernismo hispanoamericano, hablaba el mismo lenguaje que Rodó, a quien en 1905 le dedicaría su poema *A Roosevelt*. Cercano a Zelaya, elogió a los “leoncillos” hispanoamericanos que desafiaban el poder imperialista de Estados Unidos. Salomón de la Selva rindió homenaje a la energía vital de los soldados de la guerra de 1914-1918 en *El soldado desconocido* (1922) y se convirtió después en el propagandista de Sandino. Quienes hicieron eco a los llamamientos de este solitario exiliado en México fueron los de aquel grupo paradójico llamado Vanguardia (1925-1940). Estos descendientes de



las mejores familias de Granada, la ciudad de los conservadores (ciudad tradicionalmente rival de León, patria de Darío y de los liberales) estaban fascinados por Maurras y se ostentaban como “reaccionarios”. De esta manera, ellos pretendían encarnar la forma más avanzada de la revuelta y, a partir de entonces, operarían sorprendentes zigzags políticos. De 1927 a 1933 defendieron a Sandino y se opusieron a la intervención estadounidense; sin embargo, en 1934 se aliaron a Somoza García. Este último se convirtió en el monarca maurrasiano con el que soñaban, “el hombre fuerte” necesario para Nicaragua, cuyo “régimen natural” sería “la dictadura”.<sup>4</sup> Fascinados por Mussolini y por Franco, en 1939 fundaron la Acción Católica Nacionalista, “Legión” caracterizada por la “fuerza, (la) juventud, (y la) organización”. Sus miembros formaron un “Batallón juvenil de vanguardia [...] valeroso y sacrificado”. “El nombre evocador de LEGIÓN, [es] símbolo de orden, de disciplina y de jerarquía” (Valle-Castillo, 2005b: 25). Su revista *Anhelos* se presentó como la “trinchera de los estudiantes, de los obreros y de los miembros de las profesiones liberales, católicos, hispanistas, nacionalistas y corporativistas”. Con excepción de José Coronel Urtecho (1906-1994), quien no se desligaría de la dinastía Somoza sino hasta la década de 1970, muchos de los miembros de Vanguardia volvieron la espalda al somocismo al día siguiente de la Segunda Guerra Mundial, y varios de ellos se convirtieron en opositores a la dictadura y al primer jefe, el alter ego del Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra (1912-2002).

En la década de 1950, Pablo Antonio Cuadra desempeñó un papel de mentor intelectual de la juventud, tanto por su magisterio artístico como por su papel en *La Prensa*, el diario opositor a Somoza donde, en 1954, se convirtió en el segundo de Pedro Joaquín Chamorro, uno de los grandes opositores a la dictadura. En un estilo muy cercano al de Vasconcelos, el poeta granadino apela a una refundación de la cultura nacional, gracias a la fusión de los elementos precolombinos con el catolicismo y las tradiciones rurales; tradiciones derribadas por la urbanización y la modernización que produjo el *boom* económico asociado al esfuerzo de la guerra al lado de Estados Unidos. Bajo su pluma, Sandino ya no era simplemente —como en sus primeros escritos: *Canciones de pájaro y señora* y *Poemas nicaragüenses*— el guerrillero que ponía a temblar a los marines en las selvas de Nueva Segovia, sino que se transformaría —en *La tierra prometida* (1954-1973)— en una reencarnación del Güegüence, aquel *trickster*, personaje central de una comedia-ballet en náhuatl que ridiculiza el orden colonial español. Sandino se convirtió así en un

<sup>4</sup> Valle-Castillo (2005a: 356-396). Véase también sobre este tema el excelente libro de Michel Gobat (2010).

leoncillo dariano, un héroe símbolo de una historia nacional cuya esencia es luchar contra los imperios. El cristianismo rigurosamente tomista y antimodernista de Cuadra entró en afinidad intelectual con temas retomados, con el vigor que bien se conoce, en el concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín,<sup>5</sup> de donde viene su innegable cercanía con la futura Teología de la Liberación y con ciertos poetas de la *Postvanguardia* que, más tarde, se convertirían en puntas de lanza revolucionarias, como Ernesto Cardenal (1925). Por último —y esto es capital—, de la década de 1950 a la de 1970, *La Prensa* se convirtió en el diario más difundido y más leído del país. De forma paralela, su suplemento literario, *Prensa Literaria*, fue la tribuna de toda una generación de jóvenes escritores y artistas contestatarios cuyas obras adquirieron una audiencia sin precedentes si se la compara con la de sus antecesores de la primera mitad del siglo. Lo anterior explica en qué medida Pablo Antonio Cuadra desempeñó un papel de mentor ante las jóvenes generaciones, tanto por su obra literaria como por su papel de periodista.

### 3. Revolución demográfica y trastornos socioeconómicos

Si bien los llamados al prometeico papel de la juventud no se detuvieron desde que comenzó el siglo, sí adquirieron una resonancia completamente distinta tras la Segunda Guerra Mundial. Una gran parte de las élites tenía sed de cambios y de modernizaciones, como dan cuenta de ello la firma de un Tratado General de Integración Económica Centroamericana ratificado en Managua en 1960 y el excelente recibimiento otorgado al lanzamiento de la Alianza para el Progreso que propuso John Kennedy al año siguiente. El país estaba además en plena mutación demográfica, con una tasa de crecimiento poblacional anual de 3.5%. Los nicaragüenses, que no eran más que 800 000 en 1940 y 1 millón en 1950, llegaron a 1.5 en 1960 y serían 1.9 en vísperas del terremoto de 1972. Poco a poco, la población urbana se volvió preponderante: 37% en 1950, 40% en 1961, 47% en 1971 y 53% al inicio de la revolución. Por último, la capital, Managua, vio crecer su población a un ritmo superior al del resto del país: 83 000 habitantes en 1940; 109 000 en 1950; 191 000 en 1960; 325 000 en 1970; solamente 250 000 en 1973, un año después del terremoto de la Navidad de 1972; y 500 000 en 1978. La mayor parte de la población que emigró hacia Managua no provenía de los sectores rurales. Los migrantes eran, ante todo, jóvenes provenientes de pequeños centros urbanos y, la mayoría de las veces, poseían un nivel de educación

<sup>5</sup> Véanse, sobre estos temas, desde luego, los trabajos de Émile Poulat (1977); de Jean Marie Mayeur (1986); y de Jean Meyer (1989).

superior a la media nacional. El auge de las actividades agroexportadoras ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial trajo consigo profundos cambios en el mundo agrícola y el inicio de los procesos de industrialización. Esta industrialización incipiente estuvo acompañada, en la capital, del desarrollo de todo un sector de actividades informales. Este sector empleó a 45% de la población activa y en él predominaban los bajos salarios y el subempleo, los cuales se convertirían en el destino de los jóvenes y de las personas mayores.

En este contexto, el país sería el escenario de la instauración de políticas educativas con miras a la reducción del analfabetismo y, al mismo tiempo, a un reforzamiento de la enseñanza secundaria y superior. Todo esto, en un país donde el porcentaje de los menores de 14 años fue superior a 45% de 1960 a 1979. El número de niños inscritos a la escuela primaria progresó sensiblemente: 145 000 en 1960; 285 000 en 1970; mientras que el de los inscritos al nivel secundario y el de los estudiantes universitarios aumentó muy considerablemente: 11 000 y 1 000 en 1960; 51 000 y 9 000 en 1970; y 51 000 y 21 000 tras la caída de Somoza. Esta voluntad de promover una escolarización creciente no fue privativa del Estado, también se debió a la Iglesia católica y, en particular, a los jesuitas, quienes fundaron una universidad en Managua, la UCA, para competir con la antigua Universidad Autónoma de Nicaragua. Las parroquias católicas crearon escuelas primarias, tanto en las zonas urbanas como en las rurales. Las iglesias protestantes también fundaron escuelas primarias y colegios de enseñanza secundaria.

Cualesquiera que fueren los límites de estas empresas, en particular, la renovación muy relativa de los métodos pedagógicos o de los contenidos de la enseñanza, el énfasis que se le dio a la necesaria modernización del país, gracias a una escolarización masiva de su juventud, provocó una innegable transformación de las costumbres. Casi mecánicamente se vuelve a poner en cuestionamiento cierto tradicionalismo reflejado en el enorme número de colegiales y universitarios que quedaron investidos bajo el mismo nombre de “estudiantes”. En la década de 1940, los estudiantes de la Universidad de León eran hijos de las llamadas buenas familias, que aún vivían en la casa paterna o en casa de familiares cercanos y que estaban atados a toda una sociabilidad en la que la autoridad de los padres y la de los abuelos gozaban de un gran peso. Las mujeres no cursaban o cursaban pocos estudios al salir de sus colegios católicos.<sup>6</sup> Los pocos estudiantes provenientes de la clase media o de las clases populares, prototipos del “estudiante pobre” evocado por Sergio

<sup>6</sup> Para profundizar acerca de lo que podía ser la educación de las jovencitas de buenas familias en la década de 1940 a 1950, véanse las memorias de Violeta Chamorro (1997); y acerca de la década de 1960, léase el testimonio de Gioconda Belli (2003).

Ramírez<sup>7</sup> en su poema, estaban perfectamente aislados y atomizados. Veinte o treinta años después, la situación se revirtió, en parte. Los estudiantes emergidos de las clases medias y, a veces, de los sectores populares formaron un medio social hasta entonces desconocido. Compartían viviendas en casas de huéspedes, geográficamente distanciados de sus padres. Así, aparece toda una sociabilidad que escapaba ampliamente al control de las autoridades establecidas, tanto familiares como religiosas o políticas. El fenómeno no concernía exclusivamente a los estudiantes universitarios, sino también a aquellos de los colegios de educación secundaria, en Managua y en León, por supuesto, aunque también en las ciudades medianas como Matagalpa y Estelí (en las regiones centrales del país), o en Masaya y Carazo. A diferencia de los aprendices y de los jóvenes trabajadores urbanos, los estudiantes de nivel secundario y universitario constituían grupos mucho más numerosos. No se trataba de unos cuantos aprendices u obreros (de cinco a diez dirigidos por adultos más experimentados), los estudiantes eran decenas de jóvenes reunidos en los mismos salones de clase con obligaciones infinitamente menos pesadas que los primeros, aunque algunos tuvieran que trabajar durante sus estudios para sobrevivir. Estos entornos estudiantiles valoraban modos de vida hasta entonces exclusivos de un grupo muy pequeño: cierta bohemia y un activismo literario y político. De hecho, este activismo a veces era alentado por algunos universitarios partidarios de reformas políticas democráticas, como el rector Fiallos Gil,<sup>8</sup> quien tras su nombramiento al frente de la Universidad de León, en 1957, consiguió que ésta adquiriera su estatus de autonomía. Este anticlerical volteriano, admirador de Vasconcelos, ayudaría en 1960 a la creación de una nueva revista literaria, *Ventana*, dirigida por Sergio Ramírez y Fernando Gordillo, sobre la cual escribió: “No será obstaculizada, cualesquiera que sean los atajos que decida tomar”.<sup>9</sup> La revista, de la cual muchos redactores se convertirían después en miembros del FSLN, exalta el compromiso y denuncia el retroceso a la espiritualidad cristiana de la “Generación traicionada” bajo la influencia de sus mayores, provenientes del movimiento de la Vanguardia, como Pablo Antonio Cuadra, Coronel Urtecho y Ernesto Cardenal, quienes descubrieron la Beat Generation y el movimiento poético de San Francisco.<sup>10</sup>

El nuevo espíritu de la época no sólo era literario, sino también musical y, de manera más general, cultural. Si bien los mariachis y los corridos

<sup>7</sup> En Valle-Castillo (2005c: 121).

<sup>8</sup> Véase, acerca de este tema, el libro de Sergio Ramírez (1997).

<sup>9</sup> En Julio Valle-Castillo (2005c: 32-33).

<sup>10</sup> Las entrevistas de Sergio Ramírez con Silvia Cherem (2004) proporcionan indicaciones muy valiosas sobre todos estos temas, en particular de la página 72 a la 92.

mexicanos siempre fueron aclamados en el mundo rural, Elvis Presley y otros cantantes anglosajones se convirtieron en los nuevos ídolos, como también lo demuestra la proliferación de pequeños grupos de *rock* en la capital y en provincia. Ciertamente, con frecuencia estos grupos eran efímeros, pero su aparición ya constituía un signo indiscutible de la fuerza de las nuevas conductas e ideales (Bolaños, 1996).

#### 4. Un nuevo papel político para la juventud

Si bien se había hecho manifiesta desde la década de 1940, la sed de cambio que recorría Nicaragua se vería reactivada por la revolución cubana. A pesar de que el asesinato de Sandino (1934), luego la política de conciliación con los conservadores y también algunas aperturas dirigidas a los sectores populares habían permitido a Anastasio Somoza García dominar sin restricciones la escena política, las esperanzas nacidas a partir de la derrota de las potencias del Eje y de la fundación de la ONU habían debilitado su poder. Fortalecidos por el ejemplo de la caída de Jorge Ubico en Guatemala (1944) y por la de Maximiliano Hernández en El Salvador (1944), una gran parte de la juventud, algunos veteranos de las guerras de Sandino, los opositores exiliados en América Central o en México y algunos jóvenes oficiales de la Guardia soñaban con romper el sistema de acuerdos entre Somoza y sus dependientes —el Partido Liberal Nacionalista y la Guardia Nacional— y los caciques del partido conservador. Muchos aspiraban a tener elecciones libres, como las que llevaron a Juan José Arévalo al poder en Guatemala en 1945, o incluso a tener un gobierno como el constituido por José Figueres en Costa Rica en 1948. El éxito de la revolución guatemalteca derivó, además, en la fundación de una Legión del Caribe que agrupaba sin ton ni son a todos los opositores a las dictaduras caribeñas y centroamericanas. Gracias a las armas suministradas por este país y a ciertas facilidades concedidas por el ex presidente de México, el general Cárdenas, estos legionarios se propusieron derrocar a Trujillo en República Dominicana, a Somoza en Nicaragua y apoyar a Figueres en Costa Rica.<sup>11</sup> Y, en efecto, las décadas de 1940 y 1950 serían escenario de numerosos intentos de derrocar a Somoza, pero todos fracasarían. Algunos fueron obra de miembros del Partido Liberal Independiente, fundado en 1944. Otros estuvieron dirigidos ya fuera por oficiales de la Guardia que actuaban de común acuerdo con liberales y conservadores disidentes (rebelión de la Fuerza Aérea de Nicaragua en 1957, levantamiento de Lepaguare en 1958), ya fuera mediante operaciones militares de veteranos del ejército de Sandino

<sup>11</sup> Cf. Castillo, Toussaint y Vásquez Olivera (2011).

(Raudales en 1958). El asesinato de Somoza García, cometido por Rigoberto Pérez López en 1956, no pone fin al reinado de los Somoza. Casi de inmediato, el hijo mayor del dictador, Luis Somoza Debayle, fue electo presidente de la república y su hermano menor, Anastasio Somoza Debayle, se convirtió en comandante en jefe de la Guardia Nacional.<sup>12</sup>

La revolución cubana de 1959 transformó por completo este panorama. Batista, un dictador que, al igual que Somoza, siempre había sido aliado de Estados Unidos, fue derrocado en un territorio situado a las puertas de la Florida. La revolución cubana estimuló a los opositores de Somoza. Los intentos por emular al Ejército Rebelde Cubano se multiplicaron a partir de 1959. Ayudados por José Figueres, los “jóvenes turcos” conservadores montaron una operación militar desde Costa Rica (Olama y Mollejones) y, un año después, intentaron apoderarse de los cuarteles de Jinotepe y Diriamba. Otros intentos de insurrección recibieron el apoyo de los cubanos y condujeron, en 1961, a la creación de una nueva organización revolucionaria, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que no sólo pretendía poner fin al régimen somocista, sino construir una sociedad socialista a imagen de la que tenía lugar en Cuba.<sup>13</sup>

Si bien todos sus intentos de insurrección terminaron en fracasos rotundos —varios de sus participantes fueron ejecutados sumariamente por la Guardia Nacional y otros, menos desafortunados, lograron salvar la vida, pero fueron condenados a largas penas de encarcelamiento—, dichos intentos sí contribuyeron a transformar la situación política y estuvieron en resonancia con otros acontecimientos que remodelaron el contexto político latinoamericano. De hecho, no todos esos intentos fueron enfrentamientos circunscritos a la escena política nicaragüense. Lo de Olama y Mollejones implicó al presidente costarricense José Figueres, quien después de haber apoyado a Castro en su lucha contra Batista, empezó a denunciar, a partir de marzo de 1959, su rechazo a construir instituciones democráticas y su voluntad de confrontación a toda costa con Estados Unidos. Asimismo, si bien los cubanos no se privaron de apoyar a ciertos opositores a Somoza, este último les pagó con la misma moneda al ofrecer a los anticastristas apoyados por la CIA un puerto discreto —Puerto Cabezas, en la costa atlántica nicaragüense— para embarcarse con destino a Cuba. Por último, el fracaso del desembarco anticastrista en Playa Girón, Bahía de Cochinos, volvió a marcar un cambio en la política de Estados Unidos *vis à vis* América Latina.

<sup>12</sup> Acerca los años de Anastasio Somoza García, el libro fundamental es el de Knut Walter (2004).

<sup>13</sup> Se encontrará una presentación muy completa de estos diferentes grupos de opositores a Somoza en el libro de Chuno Blandón (2008).

Por doquier prevalecía un poco la idea de que ya no era momento para la defensa del *statu quo* y el conservadurismo mojigato. Como lo enunció Kennedy en su discurso de lanzamiento de la Alianza para el Progreso: “Ha llegado el momento de darle un nuevo sentido a (la) vocación revolucionaria” de los padres de la independencia americana, tanto a los de Filadelfia como a los de Caracas. La carta constituyente de la Alianza menciona la necesidad de reformas agrarias integrales, de “remuneraciones equitativas” para los trabajadores, de un sindicalismo libre, así como de reformas fiscales “para poder pedir más a los que más tienen”.<sup>14</sup> Incluso el hijo de Somoza García, Luis Somoza Debayle, y su sucesor a la presidencia de la república, René Schik (1963-1967), harían eco a esas propuestas y practicarían una apertura política real que permitiría que la organización de jóvenes (Movilización Republicana) del Partido Socialista Nicaragüense adquiriera un estatus legal y que el Partido Social Cristiano se constituyera.

Si bien esta mínima apertura política permite, por un lado, pisarle los talones al naciente FSLN, a largo plazo también fragiliza el régimen y le abre paso a una juventud radicalizada y ávida de una revolución a imagen de la lograda en Cuba. De hecho, la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam (1962), después el asesinato de Kennedy (1963) y, paralelamente, la aparición de diferentes regímenes militares en América Latina despojaron rápidamente a la Alianza de una buena parte de su sustancia. Además, en el imaginario de la juventud nicaragüense, ciertas acciones de los gobiernos demócratas cristianos apoyados por Estados Unidos, como la política de Frei en Chile, tenían poco peso frente a su tolerancia hacia los militares golpistas, muy especialmente en el vecino Honduras, donde el presidente progresista Villeda Morales fue derrocado desde 1963. Por otra parte, la crisis de los misiles en Cuba (1962), luego la primera conferencia tricontinental de La Habana y, finalmente, el anuncio del asesinato de Guevara en Bolivia (1967), le concedieron un aura sin igual a Castro y a sus partidarios. Poco le importaba a la juventud nicaragüense que los cubanos hubieran volteado hacia la Unión Soviética, cuyo régimen no los entusiasmaba demasiado. Para muchos de ellos, los cubanos prácticamente no tenían otra opción ante las pretensiones estadounidenses. También eran sensibles al hecho de que, durante la crisis de los misiles, los soviéticos los habían abandonado en parte, sacrificándolos a sus propios intereses estratégicos. Además, acaso Castro no había apelado, a manera de ruptura con la línea de la “coexistencia pacífica”, a “seguir el ejemplo del Che”, un hombre que encarnaba una nueva figura del roman-

<sup>14</sup> Acerca de la política estadounidense destinada a América Latina, el libro de Henry Raymond (2007) constituye una síntesis muy llevadera e inteligente.

ticismo revolucionario y cuyo martirio había impactado a toda la juventud latinoamericana. Por otra parte, a pesar de las miles de dificultades, Cuba no sólo había realizado una reforma agraria sin precedentes en América Latina, sino también una campaña de alfabetización reconocida por la UNESCO. Finalmente, muchos exaltaban el éxito de Cuba en materia de salud pública. Y si la revolución cubana había experimentado ciertas dificultades, éstas parecían deberse, ante todo, al “bloqueo imperialista”. Más aún, éstas no eran sino pasajeras, pues estaban reconocidas por el régimen y estigmatizadas por Castro, quien apelaba públicamente a su rectificación.<sup>15</sup>

Así, a pesar de que el Frente Sandinista se había estancado y tenía dificultades para reclutar militantes, por lo cual casi no lograba o no lograba constituir maquis, sus tesis seducían a una parte cada vez más importante, tanto de la juventud escolarizada como del mundo intelectual. Las trayectorias de Ernesto Cardenal y de Carlos Mejía Godoy son emblemáticas de esta situación.

Ernesto Cardenal no sólo es una punta de lanza de la poesía nicaragüense, sino también un sacerdote que en 1966 fundó una comunidad cristiana en la isla de Solentiname, en el Gran Lago de Nicaragua. Hasta finales de la década de 1960, su poesía denunciaba la alienación del mundo contemporáneo y participaba, ante todo, de una vena indigenista y anticolonial. Pensemos en su extraordinaria *Oración a Marilyn Monroe*, donde convierte a la actriz en el emblema de la soledad, dentro de un mundo marcado por la alienación a las imágenes publicitarias. Pensemos también en *El estrecho dudoso*, donde opone el Edén de la época precolombina a los estragos de la Conquista, luego a los de la modernización a ultranza y, finalmente, a los perjuicios del imperialismo de injerencia. Aunque el dirigente sandinista Ricardo Morales Avilés había hecho suyas estas disposiciones, le reprochaba a Cardenal el hecho de preconizar de manera totalmente ilusoria una forma de escaparse del mundo —el repliegue a Solentiname— que “le hace el juego al imperialismo”. Finalmente, lo exhorta a comprender que no tiene otra opción más que unirse e integrarse al “movimiento revolucionario organizado”.<sup>16</sup> El viaje de Ernesto Cardenal a Cuba en 1970, el libro que sobre ese viaje escribe, *En Cuba* (1972), así como la publicación —en el mismo año— del *Canto Nacional* dedicado al FSLN, son testimonio de su adhesión a las tesis

<sup>15</sup> El libro de Boris Goldenberg hace un notable retrato del entusiasmo suscitado por la revolución cubana y de los errores de la política estadounidense frente a dicho entusiasmo. Véase, más precisamente, la cuarta parte “The struggle for Latin America” (Goldenberg, 1965: 301-360).

<sup>16</sup> “Sobre la militancia revolucionaria de los intelectuales”, en Morales Ávila (1981: 99-108).



del FSLN.<sup>17</sup> A partir de entonces, Morales Avilés celebra la aproximación de Cardenal al sandinismo. Y, desde entonces, efectivamente, el poeta granadino denuncia el “formalismo” de las libertades burguesas y tiende un puente entre las aspiraciones cristianas y el proyecto comunista “Comunismo o reino de Dios en la tierra, que es lo mismo”, el cual realiza racionalmente el ideal de la fraternidad y de la frugalidad cristianas. Subraya además que no hay “cambios pacíficos [...] ni luchas sin choques violentos”. Cardenal evoca también con admiración, ya no a la persona misma de Sandino, sino su lucha y las de sus lugartenientes, Pedrón Altamirano y Miguel Ángel Ortez, todos ellos estigmatizados como los “Bandidos de las Segovias”. De la misma manera, rinde un vibrante elogio a un ex seminarista, Leonel Rugama, poeta convertido en guerrillero, asesinado por la Guardia Nacional en enero de 1970 mientras rechazaba toda oferta de rendición al grito de “Que se rinda tu madre”. La dedicatoria del *Canto* al FSLN expresa bien el papel de organizador y de guía de las luchas populares *sine qua non* que desempeña esta organización revolucionaria.<sup>18</sup> Lo que conviene comprender es que el FSLN no sólo sumó a un intelectual católico de renombre, sino también a un hombre de Iglesia, con toda el aura que le aporta su estatus de sacerdote en un país eminentemente católico. Una autoridad tradicional le da su legitimidad a la acción revolucionaria, subrayando las convergencias entre cristianismo y marxismo. Este encuentro entre el sandinismo y el catolicismo, aunado a toda una fascinación por las manifestaciones de la religiosidad popular, le van a dar un nuevo estatus a los mártires del Frente. Ya sea que se trate de las primeras víctimas de las tentativas de crear maquis rurales (como en Pancasan en 1967), o bien de los militantes urbanos, hasta entonces su aura había sido puramente laica. Como lo escribió Morales Avilés, si bien “esos héroes hermanos ya no existen, su ejemplo y su recuerdo persisten. Viven en nosotros [...] como una partícula luminosamente viva [...] quienes constituyen lo mejor de nosotros”. Y es gracias a la imitación del “ejemplo inmortal de nuestros héroes y la tradición de lucha de nuestro pueblo” como serán destruidas “la camarilla somocista, la oligarquía y el imperialismo”. La metáfora toma prestado el lenguaje de la transustanciación, pero lo laiciza exactamente como lo había hecho un poco antes el fundador del FSLN, Carlos Fonseca Amador, en un texto memorable sobre el testamento del tiranicida Rigoberto López Pérez, el hombre que ejecutó a Anastasio Somoza García

<sup>17</sup> Hay varias antologías de la poesía de Cardenal que contienen estos poemas, en particular aquella de la Editorial Nueva Nicaragua, de 1983, o la más reciente del librero editor Hispamer de Managua, de 2002. También se puede consultar el volumen II de la antología ya citada de Julio Valle-Castillo (2005b).

<sup>18</sup> “Ernesto Cardenal: la misión liberadora de la poesía”, en Morales Ávila (1981: 114-120).

en 1956.<sup>19</sup> Las enseñanzas de Maquiavelo, afirmaba, son superiores a las enseñanzas bíblicas. Asimismo, Fonseca Amador nunca se había privado de llamar a la venganza de los mártires de la lucha contra Somoza; la sangre vertida apela a la venganza y funda una nueva legitimidad histórica (Fonseca Amador, 1982: 254-266). La novedad de Ernesto Cardenal fue mezclar una forma de materialismo dialéctico con un lenguaje cristiano que, al mismo tiempo que le volvía la espalda al laicismo del marxismo-leninismo de Carlos Fonseca Amador, le daba un aura religiosa.

El terremoto que destruyó Managua la noche del 23 de diciembre de 1972 acentuaría ese acercamiento entre algunos sectores de la Iglesia y el sandinismo. Esta catástrofe natural puso al descubierto las disfunciones del gobierno de Somoza y su rapacidad. No sólo la Guardia Nacional se mostró incapaz de hacerle frente a la situación de caos que reinaba en Managua, sino que la situación empeoró cuando apareció la ayuda internacional, pues desviaron grandes cantidades para los suyos. Por otra parte, la voluntad de Somoza y sus allegados de monopolizar para su provecho todos los beneficios previstos para la reconstrucción de la capital pone en su contra a toda una parte de la burguesía, con la cual habían coexistido hacía poco tiempo, gracias a los pactos políticos y a una situación económica floreciente. De pronto, los simpatizantes del FSLN —en particular por la vía del Frente Estudiantil Revolucionario (FER), cuyos líderes eran miembros del Frente y cuyas filas constituían una cantera para reclutar futuros militantes— podrían matar dos pájaros de un tiro. Denunciarían la quiebra del régimen y su corrupción, pero también las ilusiones de aquellos que creían posible “reformar el sistema”. En efecto, cómo creer que un régimen tan impúdico como para tener la voluntad de hacer negocios al día siguiente de una catástrofe tan dramática podría reformarse. Mejor aún, toda una facción de la jerarquía católica empezó a denunciar la voracidad de Somoza y sus allegados, al igual que el escándalo moral que constituía la condición de los más desposeídos.<sup>20</sup>

En este contexto, el poema de Ernesto Cardenal, *Oráculo sobre Managua*, adquiere una singular resonancia. Al retomar muchos pasajes de los escritos de Leonel Rugama, celebra su anuncio de la proximidad del reino de Dios y compara esta llegada con la de “la célula seminal masculina (que) penetra el óvulo femenino”. “Volver concreto el reino de Dios. Es una ley establecida por la naturaleza”. La clandestinidad equivale a las catacumbas; el revolucionario es, según el adagio de Rugama, “un santo militante”; el celibato,

<sup>19</sup> Véase “Notas sobre la carta-testamento de Rigoberto Pérez López”, en Fonseca Amador (1982: 393-406).

<sup>20</sup> Se encontrará una excelente descripción del caos subsiguiente al terremoto y a las medidas adoptadas por Somoza en Gioconda Belli (2003).

la Sierra Maestra cubana; la larga marcha china y los sufrimientos del Che en Bolivia son algunos de los tantos sacrificios; el pueblo es como una masa que fermenta. “La Iglesia del futuro será solamente aquella de los revolucionarios. Un hombre nuevo [...] un tiempo nuevo [...] una tierra nueva [...] una ciudad sin clases (sociales) [...] una ciudad libre en donde Dios es *todos*”. Y fue tras esta catástrofe natural cuando numerosos jóvenes católicos, que ya estaban involucrados en las actividades del FER, integraron el FSLN. Al igual que Ernesto Cardenal, algunos de ellos provenían de las familias conservadoras, a veces de los medios más acomodados. Así, le dan un aura de respetabilidad al FSLN y tienden un puente entre la nebulosa de los conservadores, quienes habían participado en los intentos de represión en la década de 1960, y el FSLN.

Este nuevo espíritu de la época, hecho de una mezcla de sed de apertura política, de justicia social y de críticas cada vez más virulentas al papel de Estados Unidos al lado de los Somoza, así como de un distanciamiento de la Iglesia con el gobierno de Anastasio Somoza García, también se hizo perceptible a través del éxito obtenido por cantantes como Carlos Mejía Godoy, su hermano Luis y su grupo, la Palacagüina. Carlos Mejía Godoy, quien participara durante un tiempo en la experiencia de Solentiname, es un autor particularmente prolijo que se aproxima a registros musicales muy diversos. Es a la vez autor de música religiosa, como la “Misa campesina” o el “Cristo de Palacagüina”, y de canciones contestatarias o satíricas. Todas sus piezas, admirablemente compuestas y muy sutilmente basadas tanto en las tradiciones de la música popular nicaragüense como en la tradición poética nicaragüense, ponen por delante la necesidad de una comunión con los pobres y los oprimidos, y ridiculizan a Somoza y las conductas de una burguesía ávida de americanización. Muchas de ellas son canciones de gesta a la gloria de héroes populares: los obreros de Managua, las vendedoras ambulantes o, incluso, odas a los militantes del Frente asesinados por la Guardia Nacional; viene a la mente, desde luego, la extraordinaria *Venancia*.

## 5. Los reajustes de la escena política nicaragüense

Los siete años que separan el terremoto de la victoria de la revolución del 19 de julio de 1979 son una fase paradójica. El régimen, vuelto impopular por la manera en que le hizo frente al terremoto, también se volvió blanco de una protesta creciente de los sectores empresariales que padecían la degradación de la situación económica, a consecuencia de una desconfianza de los inversionistas extranjeros. La oposición política y sindical, reagrupada en

1974 en el seno de una Unión Democrática de Liberación (Udel), comenzó a levantar el vuelo en un contexto aún más favorable debido a que sus proyectos estaban acordes con la política sobre derechos humanos inaugurada por Jimmy Carter en 1977. Los proyectos de la Udel, los cuales reciben el apoyo de la Iglesia y de los sectores empresariales del Consejo Superior de la Iniciativa Privada (Cosip), se muestran aún más creíbles por el hecho de que, en julio de 1977, Somoza es víctima de un infarto que lo deja fuera del juego político durante más de un mes.<sup>21</sup> A pesar del éxito de su toma de rehenes (1974) en la casa de un ministro de Somoza, el Frente Sandinista se encontraba paralizado por su división en dos facciones rivales,<sup>22</sup> y fue víctima de la represión que el régimen desencadenó tras la toma de rehenes, con la proclamación de la ley marcial. Muchos de sus activistas fueron encarcelados, a menudo en condiciones terribles, como fue el caso de Tomás Borge, y a otros los mataron, como a su fundador Carlos Fonseca Amador. Finalmente, las zonas rurales de las montañas centrales del país, en donde sus pocas decenas de guerrilleros se mantenían mal que bien, fueron rasuradas por la Guardia, la cual había emprendido una campaña de terror contra los campesinos que podían apoyarlos.

Así, la nueva coyuntura política que vive el país favorece los proyectos de la Udel y relega a segundo plano la idea de una revolución a imagen de aquella anhelada por el FSLN. En respuesta a este contexto, aparece una nueva facción al interior del Frente, la tendencia llamada “insurreccional” o tercerista. Su manifiesto (mayo de 1977) reivindica, claramente, el marxismo-leninismo y define una estrategia militar de confrontación sistemática con el régimen, a través de la multiplicación de choques violentos, los cuales deberán desencadenar, finalmente, insurrecciones populares. Sin embargo, este manifiesto también invita a la instauración de una alianza lo más amplia posible con el conjunto de las fuerzas antisomocistas, decisión que conduce a los terceristas a entrar en contacto con dos veteranos de las acciones armadas

<sup>21</sup> Acerca de este punto, remito a los análisis que he desarrollado en Bataillon (2008: 126-137, 150-210), donde analizo muy detalladamente las diferentes fases del juego político-militar desde 1974 hasta el 19 de julio de 1979.

<sup>22</sup> Los militantes que participaron en la fundación del FSLN, Carlos Fonseca Amador y Tomás Borge, quienes defendían una táctica de “guerra popular prolongada”, vieron cuestionada su estrategia por los más jóvenes: los “proletarios”, partidarios de un abandono temporal de la lucha armada en favor de un refuerzo del trabajo junto a los núcleos obreros. Acerca de la historia del FSLN, véase el libro de David Nolan (1984). Véanse también los testimonios recopilados por Mónica Baltodano (2010). Hay que agregar a los testimonios recopilados por Baltodano, las memorias de Hugo Torres (2003), quien participó en la toma de rehenes en la casa de Chema Castillo (1974), y luego en la del Palacio Nacional (1978); así como las de Omar Cabezas (1982).

sostenidas anteriormente o paralelamente a la del FSLN: Fernando (“El Negro”) Chamorro, proveniente de las filas de los clanes conservadores; y Edén Pastora, vinculado a los veteranos Alejandro y Harold Martínez y a uno de los últimos generales de Sandino, Ramón Raudales. No contentos con forjar estas alianzas militares y con formular esta propuesta de unidad que pretende hacer frente a la de la Udel, los dirigentes terceristas le encargan a Sergio Ramírez, un joven escritor nicaragüense que trabaja en la Universidad de Costa Rica, crear un grupo de personalidades independientes, el Grupo de los 12, en el cual tendrían un puesto tanto hombres de negocios como hombres de Iglesia, entre ellos Ernesto Cardenal y su hermano Fernando, llamados a convertirse en los portavoces del FSLN y en el embrión de un futuro gobierno de transición (agosto de 1977).<sup>23</sup>

A pesar de este *aggiornamento* de los terceristas, los acontecimientos ocurridos a lo largo del año 1977 trajeron consigo el fortalecimiento de la Udel. Pedro Joaquín Chamorro consiguió que se admitiera su rechazo a los pactos con Somoza en ciertos sectores de la esfera conservadora, y él y los otros líderes de la Udel impusieron su visión de la necesidad de la salida de Somoza, de una necesaria reforma radical de las fuerzas armadas, hasta entonces al servicio y bajo las órdenes de la dinastía Somoza, y de la construcción de un régimen democrático respetuoso de las libertades públicas. Las opciones políticas de la Udel, además, son tomadas en consideración por el nuevo embajador de Estados Unidos enviado a Managua por iniciativa de Jimmy Carter. Las múltiples acciones militares lanzadas por los terceristas a partir de octubre no fueron simplemente acciones contra el régimen de Somoza, sino también intentos para que se admitiera a sus representantes junto con aquellos de la Udel.<sup>24</sup>

En enero de 1978, el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro no sólo marcó un punto de inflexión en el debilitamiento del régimen somocista, sino que reconfiguró el contexto político a favor de la acción armada. En efecto, un asesinato de esta naturaleza, que de inmediato le fue atribuido a Somoza, dejó muy claro que, *in fine*, este último no entendía más que el lenguaje de la fuerza y que él y sus partidarios estaban dispuestos a eliminar hasta a sus opositores más respetables. A partir de entonces, la Udel, los empresarios del COSIP y los sandinistas y sus partidarios rivalizarían en las demostraciones de fuerza contra el régimen. Todos consideraban que Somoza debía abandonar el poder a la brevedad posible.

<sup>23</sup> Alegría y Flakoll (1982: 267-273). Sobre este tema, véanse también las memorias de Sergio Ramírez (1999); y, por supuesto, su libro entrevista (Cherem, 2004).

<sup>24</sup> El libro de Humberto Ortega (2010), reconoce de manera muy explícita esta situación y constituye una mina de información sobre este tema y sobre el contexto de la época.

Este fortalecimiento de la oposición se vio favorecido por el apoyo que encontró en gobiernos latinoamericanos tradicionalmente hostiles a Somoza, los cuales adquirieron peso en el juego político de los países del istmo: Venezuela, México y dos países centroamericanos cuyas élites políticas, cada una por sus propias razones, buscaban favorecer la expulsión de Somoza: Costa Rica y Panamá. Finalmente, la oposición contó con la voluntad del presidente Carter de ponerle fin al apoyo incondicional de Estados Unidos a los regímenes autoritarios latinoamericanos, en nombre de intereses estratégicos comunes en la lucha contra el mundo soviético. A partir de entonces, el FSLN ya no aparecería más como un partido revolucionario que promovía una revolución de tipo castrista, sino como una organización revolucionaria de un nuevo tipo, que era portadora de las reivindicaciones de una juventud en plena revuelta contra una dictadura oprobiosa.<sup>25</sup>

## 6. La entrada de la juventud y del FSLN en la escena política

Tres procesos van a entrar en resonancia para permitir la transformación de la imagen del Frente: la multiplicación de los disturbios urbanos organizados por jóvenes —“los muchachos”—, al principio poco o nada vinculados a los miembros del FSLN; la capacidad del FSLN de encuadrar a sus agitadores y de integrarlos a una estructura político-militar compuesta por distintos frentes de guerra que amalgama “milicias” y columnas de guerrilleros que son otros elementos más de un ejército sandinista en gestación; y, por último, el lenguaje de la Iglesia que muy pronto afirmó que el empleo de la violencia puede estar justificado “en última instancia para luchar contra la injusticia” y que no dejaría de hacer proclamaciones en ese sentido tras los actos de violencia cometidos por la Guardia Nacional durante sus enfrentamientos con la población y los guerrilleros del FSLN.

<sup>25</sup> El libro de Shirley Christian (1985) ofrece un excelente panorama sobre el periodo y sobre los tejemanejes entre las diferentes facciones de la oposición, sus apoyos latinoamericanos y Estados Unidos. La comparación entre los elementos puramente factuales, en particular la cronología de los acontecimientos y de las decisiones de algunos actores clave que son la base de su relato, concuerda con aquellos elementos destacados por Sergio Ramírez, tanto en *Adiós muchachos* (1999), como en su libro entrevista (Cherem, 2004). Se llega a las mismas constataciones al leer paralelamente estos dos libros: el ya citado varias veces de Alegría y Flakoll (1982), y el de López *et al.*, (1980).

a) *Monimbo*

El primer episodio de esta convergencia entre procesos, en un principio autónomos y a veces antagónicos, fue el levantamiento de Monimbo, la aldea de artesanos de Masaya. Al término de la huelga general de casi un mes, convocada por la Udel y el COSIP para protestar por el asesinato de Pedro Joaquín Chamorro, y en vísperas de la misa de los treinta días en memoria de este último, el obispo de Managua, monseñor Obando, publicó una carta pastoral en la que afirmaba como legítimo, en última instancia, el empleo de la fuerza para combatir la injusticia. Al día siguiente, 2 000 personas se reunieron en la iglesia de San Sebastián de Monimbo para escuchar una misa en honor del ex director de *La Prensa* y, a partir de ese momento, las manifestaciones en las inmediaciones de la iglesia se multiplicaron. A lo largo de esos días, la Guardia Nacional se enfrentó violentamente a los manifestantes, intentando dispersarlos con gases lacrimógenos. Las protestas iban en aumento. Diez días después, mujeres y colegiales que habían llegado para asistir a otra misa en memoria de Pedro Joaquín Chamorro fueron dispersados brutalmente una vez más. Los habitantes del lugar, que en su gran mayoría eran o bien artificieros especializados en la fabricación de luces de Bengala y petardos, o bien miembros de sus familias, protestaron toda la noche contra esos actos violentos. No se contentaron con un disturbio de algunas horas, sino que levantaron barricadas en las calles que rodean el barrio. Luego, utilizaron granadas y bombas caseras como armas de pequeño calibre para defender el perímetro que habían fortificado. No contentos con haber hecho suyas las calles, los insurgentes atacaron durante los días siguientes las casas de los somocistas conocidos como tales, a los “esbirros” —miembros del Partido Liberal Nacional o soldados de la Guardia Nacional— y a las posibles “orejas” del régimen, así como los puestos de la Guardia Nacional que estaban dentro del perímetro de su zona de barricadas. Enardecidos por sus primeros éxitos, no dudan en practicar una justicia sumaria contra todos aquellos conocidos como colaboradores de la Guardia o sospechosos de servir como informantes. Si bien algunos de los jóvenes que participaron en esta revuelta podían ser simpatizantes del FSLN, ninguno de ellos estaba vinculado en ese momento con la organización. De hecho, el puñado de guerrilleros del Frente que los terceristas enviaron unos días después al lugar para reforzar a los insurgentes estuvo a punto de ser linchado, pues en un principio los insurgentes los confundieron con espías de la Guardia Nacional! Después de varios bombardeos aéreos en los que la Guardia Nacional prácticamente no hizo distinciones entre poblaciones civiles e insurgentes, el 26 y el 27, unos 600 guardias cercaron Monimbo y lanzaron un contraataque sumamente

brutal. Cientos de personas resultaron heridas y alrededor de cincuenta insurgentes fueron asesinados.

El levantamiento fue indiscutiblemente espontáneo y daba cuenta de la explosión provocada por un arrebató de ira contra el régimen y su brutalidad. Sin embargo, no se trató de un simple disturbio. El levantamiento hizo eco de las acciones armadas dirigidas por los terceristas el 2 y el 3 de febrero en Granada y en Rivas, tras la huelga general convocada por la Udel y el patronato, en la cual ellos no habían querido participar debido a que no tenían interés alguno en involucrarse en un proceso en el que la burguesía estaba en situación de hegemonía. Al final, y probablemente esto fue lo más importante, el levantamiento no se llevó a cabo hasta después de escuchar el mensaje de monseñor Obando, quien con sus palabras de cierta manera legitimó las acciones armadas de los sandinistas y autorizó otras venideras.<sup>26</sup>

#### *b) La toma del Palacio Nacional*

El segundo episodio de este proceso sería la espectacular toma de rehenes efectuada por los terceristas en el Palacio Nacional el 22 de agosto de 1978, “la operación pocilga”, como la bautizó el responsable militar de la operación, Edén Pastora. El comando sandinista mantuvo en vilo al país debido a su audacia y su sangre fría. Consiguió que se liberara a más de 80 presos políticos, entre ellos Tomás Borge, uno de los fundadores del FSLN, y Fernando —*el Negro*— Chamorro, detenido tras un atentado fallido contra Somoza. Además, obtuvo un rescate de medio millón de dólares, la publicación de los comunicados del FSLN en diferentes medios de comunicación del país y su lectura en las ondas radiales. Esta acción, llena de bravura, impuso una nueva imagen del Frente Sandinista. El comando se valió de un lenguaje muy innovador. Antes de dirigirse al aeropuerto —y en presencia de los numerosos empleados públicos que permanecieron en el Palacio a lo largo de la toma de rehenes—, la responsable política del comando, Dora María Téllez, descolgó la bandera nicaragüense que adornaba el gran salón del Palacio Nacional, se la confió a Pastora y le encomendó devolvérsela al país cuando éste hubiera sido liberado de la tiranía. Este último respondió reivindicando a Sandino y a Rubén Darío, mientras lanzaba el eslogan del Frente: “Patria libre o morir”. Si bien la continuación de la arenga de Dora María Téllez fue

<sup>26</sup> Alegría y Flakoll (1982: 305-311); y Humberto Ortega (2010: 418-421). Se dispone también de los testimonios recopilados por la Comisión Permanente de Derechos Humanos, fundada por José Esteban González.



más clásica y se centró en reivindicaciones económicas, en el derecho de los trabajadores a un sindicalismo libre y en la necesidad de “erradicar el analfabetismo” y de contar con “salud para todos”, también sigue prometiendo “libertades absolutas”, gracias al triunfo de una insurrección que conduciría a la instauración de un “gobierno democrático-popular”. Paralelamente, al descubrirse y darse a conocer antes de abordar el avión que conduciría al comando y a los rehenes liberados hacia Panamá y Venezuela, Edén Pastora le dio un rostro completamente nuevo al Frente. Su estilo garibaldiano estaba indiscutiblemente desfasado con los discursos pasados de los terceristas, como los de los hermanos Ortega y, más aún, los de los responsables de las otras dos tendencias del FSLN. Por otro lado, la partida del comando y de los prisioneros liberados hacia Panamá y Venezuela, así como el hecho de que los embajadores de Costa Rica y de Panamá en Managua los hubieran acompañado al aeropuerto, rompió con la imagen de los revolucionarios que no pueden encontrar asilo más que en Cuba y les confirió un aura nacionalista y democrática. De hecho, Torrijos acababa de negociar con Carter la devolución de la zona del canal a la soberanía panameña. Además, en un subcontinente donde dominaban los regímenes autoritarios, Costa Rica y Venezuela no solamente eran países democráticos, sino que además eran gobernados por presidentes emergidos de las filas de la socialdemocracia. El papel de mediador de Monseñor Obando, y de los otros obispos que acompañaron al comando hasta el aeropuerto, también les otorgó una indiscutible respetabilidad. La prensa que cubrió el acontecimiento multiplicó las imágenes que mostraban a un monseñor Obando lleno de simpatía por los insurgentes y los prisioneros liberados. Por último, el gesto de Pastora al entregar solemnemente ante los parlamentarios venezolanos la bandera nicaragüense al presidente Carlos Andrés Pérez “en depósito hasta que el país sea liberado”, pule esa imagen de la aparición de una corriente nacionalista y socialdemócrata en las filas del FSLN. A partir de entonces, los terceristas se imponen como los representantes de una “tercera vía” no alineada.<sup>27</sup>

### *c) La insurrección de septiembre*

El tercer episodio de este proceso fue la insurrección de septiembre, la cual se lanzó al terminar la huelga general organizada el 26 de agosto por la

<sup>27</sup> Alegría y Flakoll (1982: 321-335). Se suman al relato de esta toma de rehenes de Alegría y Flakoll el ya citado de Hugo Torres (2003), quien participó en la operación; y los de Dora María Téllez, publicados en Margaret Randall (1980; 1999).

oposición cívica, tras la partida del comando tercerista y de los prisioneros liberados. Esta huelga no sólo fue un éxito, sino que además se tradujo en intentos de insurrección, en particular en Matagalpa, donde algunos “muchachos” construyeron barricadas y donde, gracias a la ayuda de militantes sandinistas que llegaron para servir de refuerzos, pudieron resistir durante varios días a los embates de la Guardia, antes de replegarse ordenadamente bajo la dirección de los guerrilleros del FSLN. En un contexto en el que la juventud parecía cada día más decidida a pelear y a lanzarse a insurrecciones espontáneas, los terceristas convocaron a una “ofensiva general” para el 9 de septiembre. Su idea consistía en que los ataques simultáneos en diferentes puntos del país pudieran expandirse y que entonces se volviera absolutamente necesario dirigir esas insurrecciones espontáneas, como las de Matagalpa y de Monimbo, las cuales a su parecer podrían multiplicarse. Desde su perspectiva, sin coordinación ni dirección, estas insurrecciones estarían condenadas al fracaso y sólo se revalorarían las estrategias electoralistas de la Udel o, incluso, se le volvería a dar ventaja a Somoza. Unas cuantas decenas de guerrilleros (150), divididos en diferentes unidades, atacaron simultáneamente puestos de la Guardia Nacional en Managua, Masaya, León, Chinandega y Estelí, mientras que un grupo de 150 guerrilleros llegados de Costa Rica y comandados por Pastora atacaron dos veces, sin éxito, el puesto fronterizo de Peñas Blancas. Si bien la ofensiva también se quedó corta en Managua, los guerrilleros que estuvieron apoyados por grupos de milicianos, se apoderaron de Masaya, León, Chinandega y Estelí. A los guerrilleros y a los milicianos muy pronto se les unieron decenas de jóvenes que los apoyaron en sus combates para defender los perímetros que habían fortificado. En Masaya, los insurgentes resistirían hasta el 11 de septiembre. En León, los insurgentes combatieron hasta el 18 de septiembre, fecha en la cual se replegaron. En Chinandega los combates duraron cuatro días. Todos estos combates fueron muy costosos para la Guardia, que en cada ocasión perdía varias decenas de hombres. En cambio, los guerrilleros sandinistas consiguieron replegarse ordenadamente con muy pocas pérdidas al final y con muchas armas de guerra arrebatadas a los guardias nacionales. Finalmente, vuelven a irse con nuevos refuerzos: “milicianos” que hasta entonces habían sido simples colaboradores del Frente y también muchos jóvenes que, como los primeros, habían participado en los combates y se esperaban lo peor si eran capturados por la Guardia. Así, varias centenas de jóvenes se replegaron con los sandinistas en León; y no eran menos de 150 en Estelí (Rivera y Ramírez, 1989; Mack Chang, 1995; Jaheny, 2005: 87). En cambio, los bombardeos aéreos durante la insurrección, la recuperación de las ciudades y las operaciones de “limpieza” por parte de la Guardia se mostrarían ex-

tremadamente mortíferos para la población civil. Se ha hablado de cientos de muertos y heridos,<sup>28</sup> muy en particular entre los jóvenes sospechosos de haber participado en los acontecimientos, que la mayoría de las veces fueron ejecutados sumariamente.<sup>29</sup>

Para el conjunto de los actores políticos nicaragüenses, estas insurrecciones son experiencias de un nuevo tipo de poder basado en una simbiosis entre los “muchachos”, los sectores populares y los combatientes sandinistas. Durante varios días, los participantes en la insurrección mantuvieron a raya a la Guardia Nacional y fueron capaces de eliminar de las zonas bajo su control a las personas identificadas como cercanas a la Guardia o al Partido Liberal Nacionalista. Los ataques lanzados por los guerrilleros fueron aún más populares debido a que integraron a los combatientes improvisados en sus unidades, constituyendo así milicias en las cuales los “muchachos” fueron encuadrados y se reconoció el poder de algunos líderes surgidos en el fuego de la acción. Toda una juventud marginal, y a menudo muy maltratada por la Guardia, encontró ahí una especie de nueva dignidad y cobró venganza al asesinar a los somocistas, al igual que durante los combates o durante algunos pillajes más o menos tolerados. Esos actos con frecuencia fueron cometidos espontáneamente y la única tarea de los sandinistas fue dirigirlos para evitar desbordamientos y asesinatos de inocentes, cosa que nunca llegarían a hacer. Por último, la crueldad de la Guardia en sus contraataques, la capacidad de su aviación de no preocuparse demasiado por saber si estaban provocando o no víctimas civiles y las ejecuciones sumarias contra los jóvenes, terminaron por desacreditar al régimen. El rechazo era aún más rotundo por el hecho de que la Guardia estuviera vinculada a la persona del dictador y porque su hijo fuera el comandante en jefe de su cuerpo de élite, la Escuela de Infantería (EEBI), que desempeñó un papel central en la represión de las insurrecciones de septiembre. Finalmente, las amenazas de excomunión lanzadas contra la Guardia Nacional por monseñor Obando, el 13 de septiembre; de modo que si ésta persistía en la brutalidad que la caracterizó durante la recuperación de las ciudades insurgentes, no sólo le estaría dando el último remate al descrédito del régimen, sino que le estaría dando una nueva legitimidad a los insurgentes y a sus dirigentes sandinistas.

<sup>28</sup> Alegría y Flakoll hablan de cientos de muertos (450) de ambos bandos, en Masaya (Alegría y Flakoll, 1982: 350); y de 1 000 muertos en León (Alegría y Flakoll, 1982: 351).

<sup>29</sup> Los testimonios recopilados por José Esteban González, fundador de la Comisión Permanente de Derechos Humanos, y por sus colaboradores, resultan abrumadores en este sentido, a tal grado que durante un tiempo los sandinistas consideraron editarlos bajo la forma de un libro en México, el cual habría sido publicado por Siglo XXI.

## 7. La simbiosis del Frente y de los “muchachos”

Tras la toma del Palacio Nacional y la ofensiva de septiembre, el Frente recibió un apoyo financiero y militar muy importante de Venezuela, Panamá, Costa Rica e *in fine* de Cuba. Gracias a este apoyo, que se estima fue de cientos de miles de dólares,<sup>30</sup> los terceristas organizaron todo un sistema de tráfico de armas con destino a los frentes internos, tanto por vía terrestre como por vía aérea, privilegiando, desde luego, a los grupos que tenían bajo su control. Bajo la dirección de Edén Pastora, los grupos guerrilleros que multiplicaron las incursiones desde las bases situadas en Costa Rica —el Frente Sur Benjamín Zeledón (FSBZ)— se convirtieron en el embrión de un ejército abastecido de artillería, recursos antiaéreos, así como de un servicio de salud e inteligencia.

Desde entonces, una dinámica totalmente desconocida en la escena política nicaragüense vio la luz. Los observadores subrayaron, con justa razón, el desorden que imperaba al interior del FSLN debido a las luchas de facciones y a sus rivalidades, muy especialmente entre la GPP y los terceristas, ya que los proletarios eran muy poco numerosos.<sup>31</sup> El Frente, que pretendía ser una organización disciplinada y estrictamente jerarquizada, que formaba minuciosamente a sus militantes y a sus cuadros (primero política y luego militarmente), vio cómo se invirtieron sus prioridades. Muchos jóvenes habían huido de las ciudades de la insurrección de septiembre al lado de los combatientes sandinistas, pero la mayoría de ellos no contaba con formación política alguna. De hecho, muchos no tenían ningún vínculo con los movimientos estudiantiles o con las comunidades cristianas en donde los

<sup>30</sup> Humberto Ortega escribió que el apoyo del gobierno venezolano al FSLN fue de un millón de dólares mensuales hasta el final del mandato de Carlos Andrés Pérez, en enero de 1979; a este apoyo se sumó el de Omar Torrijos, de 100 000 dólares mensuales, así como los fondos provenientes de personalidades privadas venezolanas, mexicanas y de los comités de solidaridad, por sumas equivalentes (Ortega, 2010: 487-489). Sergio Ramírez habla, en sus entrevistas con Silvia Chereh (2004: 136-138), de sumas mucho menos importantes, a pesar de que siguen siendo considerables. Así, él calcula que la ayuda venezolana fue de 100 000 dólares mensuales, cantidad que, según él, fue constante desde las postrimerías de la toma de rehenes del Palacio hasta la caída de Somoza.

<sup>31</sup> Pienso, en particular, además de en los testimonios ya citados de Francisco Rivera Quintero (Rivera y Ramírez, 1989), Hugo Torres (2003), Dora María Téllez y los recopilados por Alegría y Flakoll (1982), en las observaciones de Ronan Jaheny (2005), en su tesis realizada bajo la dirección de Marie-Danielle Démelas. Esta tesis contiene una gran cantidad de citas muy largas de los archivos militares del FSLN, los cuales están resguardados en el Centro de Historia Militar, un centro de archivos de muy difícil acceso hoy en día. Estos archivos militares son especialmente elocuentes, ya que ahí se leen claramente las luchas entre las diferentes facciones, que se describen unas a otras sin tapujos.

sandinistas contaban con numerosos albergues. Sin embargo, estos nuevos voluntarios tenían la voluntad de pelear y a menudo se habían mostrado muy valientes y muy hábiles en los combates improvisados de septiembre. Habían sido capaces de recuperar, primero, armas ligeras, como .22-LR o escopetas y revólveres antiguos; luego, armas largas, para lo cual tuvieron que matar a los guardias nacionales. Eran tanto individuos aislados como pequeños grupos de cuatro, cinco o diez personas con jefes improvisados. Tenían la voluntad de proseguir el combate y querían colaborar con los sandinistas e integrarse a sus filas. Su grado de integración les permitió ganar dignidad, adquirir otras armas y coordinar mejor sus acciones. Sin embargo, no estaban listos para aceptar toda la disciplina ideológica, por momentos muy pesada, de ciertos responsables sandinistas. De pronto, debido a la división del Frente en tendencias rivales, con frecuencia se encontraban en posición de poder negociar, en los hechos, sus adhesiones.

La estrategia de los terceristas, de darles un buen recibimiento en tanto demostraran ser buenos combatientes, provocaría descontento y conduciría a comentarios furibundos de algunos responsables de las otras tendencias, en los cuales los tachaban de aventurismo y militarismo. No obstante, los autores de esos comentarios muy pronto tuvieron que resignarse y aceptar esa realidad. Incluso, algunos de sus militantes eligieron pasarse a las filas de los terceristas u obligaron a sus responsables políticos a admitir en sus filas a esos nuevos combatientes y, por consiguiente, a trabajar desde entonces en buenos términos con los terceristas.

Esas rivalidades entre facciones se acompañaban de un juego de emulación entre los combatientes que aspiraban a convertirse en elementos integrados a las unidades militares del Frente. Algunos de ellos fueron incorporados en los grupos mejor armados del FSLN y, algunas veces, incluso tuvieron cabida en unidades de choque más móviles y aún más prestigiosas, mientras que otros “muchachos” quedaron relegados a esas fuerzas complementarias llamadas milicias.<sup>32</sup>

El caso de Charrasca en León es emblemático de esos procesos. Originario de un barrio popular, Charrasca era el jefe de una pequeña pandilla de jóvenes conocidos por sus hurtos y sus peleas. Por este hecho tuvieron muchos altercados con la Guardia y tenían la inquietud de vengarse de ésta. Él y los miembros de su pandilla participaron en los combates de septiembre. Fue rescatado por los terceristas cuando los militantes de la GPP se aprestaban

<sup>32</sup> Estas columnas estaban subdivididas en unidades tácticas de combate y, finalmente, en escuadras tácticas de combate. Véase Jaheny (2005: 266). Véanse también los testimonios de Hugo Torres (2003), y los de Rafael Quintero, recopilados por Sergio Ramírez (Rivera y Ramírez, 1989).

a pasarlo por las armas. En pocos meses, Charrasca, que era un guerrillero audaz y capaz de conducir con éxito a sus hombres en los ataques sorpresa más difíciles, se convirtió en miembro del Estado Mayor de los terceristas en León. De hecho, fue encarcelado algunos días —por órdenes de Dora María Téllez— en vísperas de la insurrección final, a causa de sus insubordinaciones recurrentes y de los peligros que hacía correr a sus hombres al no respetar las consignas del Estado Mayor, pero fue puesto en libertad poco después. Si bien los ascensos político-militares tan veloces como el de Charrasca eran raros, se pudieron presenciar promociones muy rápidas de muchos guerrilleros y de combatientes improvisados, sin más experiencia política que su participación en los combates de septiembre. Los primeros fueron promovidos a un estatus de nuevos cuadros, como responsables de escuadras tácticas de combate —la unidad de base de las columnas sandinistas— o, algunas veces, como responsables de una unidad táctica de formación que reagrupaba a varias unidades de base y, más ocasionalmente, como jefes de columna. Los segundos fueron integrados a estas unidades como combatientes de base. Cada una de estas promociones les aseguraba mejores armas, mejor comida y, a menudo, mejores oportunidades de sobrevivir durante los combates con la Guardia. De aquí se derivaba toda una emulación entre los “muchachos” que aceptaban pasar por aprendices de bajo rango, tanto políticos como militares, para integrarse a las unidades militares del FSLN.<sup>33</sup>

De manera análoga a esta afluencia de los “muchachos” en las filas del FSLN, se dio el fortalecimiento de los terceristas, así como de algunos de sus comandantes de tropa. Todos se convirtieron en puntos de paso obligados para decidir el futuro del país, tanto en relación con otras tendencias del FSLN como en relación con otros componentes de la oposición nicaragüense y, finalmente, en relación con sus aliados internacionales. A pesar de que Humberto Ortega había tenido dificultades para lograr que se reconociera la validez de sus tesis insurreccionales ante la GPP y los proletarios, éstas se convirtieron en la única estrategia posible, en vista del debilitamiento constante del poder de Somoza, causado por las movilizaciones de la oposición y por la búsqueda estadounidense de una solución alterna en la que Somoza y su familia fueran apartados, pero en la cual los sandinistas no participaran dentro del gobierno de transición. Gracias a los recursos materiales y a las facilidades que les ofrecen los gobiernos venezolano, costarricense, panameño y mexicano, los terceristas van a poder persuadir a los cubanos de tomarlos en serio. Y la instauración, en febrero de 1979 y a iniciativa de Castro, de una

<sup>33</sup> Extraje todos estos datos de la tesis ya citada de Ronan Jaheny (2005), así como de las entrevistas con Dora María Téllez, realizadas en octubre de 2011.

dirección común para el Frente, la Dirección Nacional (DN), también va a jugar a favor de los terceristas. Al admitir que los proletarios excluidos del FSLN por Tomás Borge fueran reintegrados en igualdad de circunstancias que las demás tendencias presentes en esta nueva dirección, los terceristas se empoderaron ante la GPP, gracias a esta alianza táctica con los proletarios, quienes ahora les deben su readmisión en el Frente y en su órgano dirigente.

Este empoderamiento del FSLN, y en su interior de los terceristas, estuvo acompañado de la capacidad de estos últimos para imponer, en lo sucesivo, tanto una nueva imagen de ellos mismos como su proyecto político. Nada es más elocuente a este respecto que la película de propaganda que filmaron a finales de 1978 en Costa Rica: “Patria libre o morir”. Al mismo tiempo, la película reorganiza la visión de la historia de Nicaragua en la cual el Frente inscribe su historia y justifica su acción político-militar pasada y, finalmente, provee una imagen del futuro al que conducirá la lucha armada, en completa ruptura con la imagen que prevalecía hasta hacía poco tiempo.

Si bien este filme evidentemente reúne las luchas del presente con los combates de Sandino y con los primeros maquis del Frente, por el contrario busca disimular el marxismo-leninismo de las décadas de 1960 y 1970. Así, el filme cede el lugar al llamado a las reformas concretas: el derecho de los trabajadores a sindicalizarse, la reforma agraria, la lucha contra el analfabetismo. Así como les da un lugar a los dirigentes históricos del tercerismo, Daniel y Humberto Ortega y Tirado López, también se pone en alto a Edén Pastora. De hecho, se presencia su entronización como comandante en jefe de la armada sandinista. Le corresponde a Pastora justificar, en un nuevo lenguaje, la lucha armada. Según sus palabras, Somoza, el “último *marine* de Estados Unidos”, no comprende que sólo el lenguaje de la fuerza y la insurrección armada pueden vencer. El Comandante Cero afirma, para concluir, que el ejército sandinista que está formando es el lugar de un “pluralismo ideológico”. La película “Patria libre o morir” hace énfasis, ante todo, en la barbarie del régimen de Somoza; no era momento para denunciar la explotación capitalista. Se toman como prueba de la barbarie del régimen las imágenes del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro y de su cuerpo acribillado por las balas; aquéllas del bombardeo de las poblaciones civiles y, luego, las de su huida durante la represión de la insurrección de septiembre. El director construye su argumento alternando esas imágenes de una población martirizada con las de un Somoza perorando en televisión y legitimando el uso de la fuerza en nombre de la “defensa del orden constitucional”. Esas imágenes se complementan con el interrogatorio de un guardia que detalla las torturas infligidas a los prisioneros y el relato de las ejecuciones sumarias.

La última parte del filme honra al Frente Sur Benjamín Zeledón (FSBZ). Esas últimas imágenes colocan a la vez la imagen de un FSLN que moviliza a la juventud para liberar el país de una tiranía sanguinaria, pero también la de un combate contra Somoza, que no es sólo una lucha contra la tiranía, sino una lucha que cumple con los designios de Dios, una lucha conforme a las enseñanzas del cristianismo. Las entrevistas con algunos guerrilleros y algunos cuadros, entre ellos un sacerdote español, Uriel Molina, dejan ver un *melting-pot* social en el que los jóvenes provenientes de buenas familias nicaragüenses se codean con aquellos provenientes de las familias populares, quienes constituían la mayor parte de este ejército en gestación. Muchas imágenes que ponen en escena a una juventud que vive en una mezcla de alegría, fraternidad e idealismo su participación en una guerra de liberación nacional. Finalmente, un largo pasaje consagrado a una misa en la que offician varios sacerdotes, entre ellos Ernesto Cardenal; una misa que termina en una escena de comunión. Durante la misa, Ernesto Cardenal y los demás sacerdotes afirman muy claramente, en sus diálogos con los guerrilleros, que los combatientes del FSLN siguen el ejemplo de Cristo al dar su sangre por el país y que “Jesús es el pueblo por el cual luchan los revolucionarios”. Y todos concluyen que los participantes en esta misa “son una unión de verdad, una unión de fe, en comunión con un Jesús histórico”.

De este modo, se entiende cómo y en qué medida, durante los últimos meses del régimen de Somoza y en vísperas de lo que en realidad serían las semanas de la ofensiva final contra el régimen —los combates comenzaron a finales de mayo y finalizarían el 19 de julio—, el Frente se construyó una imagen radicalmente distinta de aquella que había prevalecido en la década de 1960 y en la mayor parte de la década de 1970. Hacía poco tiempo, el Frente era una organización armada de vanguardia que quería construir un mundo liberado de la explotación capitalista, a imagen de la Cuba castrista. Cualesquiera que fueren sus pretensiones al encarnar una vanguardia revolucionaria, el Frente estaba ampliamente desprendido de los sectores populares y sólo estaba constituido por un puñado de guerrilleros: algunas decenas en la década de 1960 y, como máximo, de 100 a 200 personas a mediados de 1977. Sus intelectuales hacían escarnio, en *Ventana* y en otras publicaciones, del cristianismo integralista de Fernando Cardenal y sus llamamientos al retiro en comunidades cristianas como aquellas fundadas en Solentiname. A partir de entonces, el Frente se convirtió en el símbolo de la lucha de miles de “muchachos”, y poco importa que sus cuadros a menudo fueran guerrilleros algo mayores o que, a través del FSBZ, algunos oficiales cubanos y panameños, comunistas costarricenses y una brigada de latinoamericanos hayan llegado a dar su apoyo a los combatien-



tes.<sup>34</sup> El Frente es un nuevo ejército levantado contra el poder de Somoza y de sus pretorianos, a imagen de aquél de Sandino: el Ejército de Defensa de la Soberanía Nacional, en guerra contra los *marines* estadounidenses. Así como Sandino y sus hombres no habían tenido otra salida más que tomar las armas para expulsar a los *marines*, los sandinistas no tuvieron otro modo de lucha posible más que la insurrección armada para poner fin a los abusos de la Guardia Nacional y del último de los Somoza. Finalmente, los explotados le cedieron el lugar a un pueblo martirizado en el que el cuerpo acribillado a balazos de Pedro Joaquín Chamorro se yuxtaponen al de los mártires de las insurrecciones de septiembre. El marxismo-leninismo se eclipsó en favor del discurso de la comunión de los oprimidos y de una lucha revolucionaria que realizaba en la tierra las enseñanzas de Cristo. La verdad de su mensaje ya no residía en las enseñanzas de la ciencia del materialismo histórico, sino en el discurso de la revelación. La guerra de clases le cedió el paso a una cruzada de la juventud contra la tiranía.

Probablemente no haya que convertir este vuelco de las representaciones en la nueva y última explicación causal de la derrota de Somoza y del incremento en la fuerza del FSLN. Sin embargo, toda la cascada de acontecimientos que conduciría a estos vuelcos —el aislamiento creciente de Somoza en la escena internacional, es decir, su expulsión de la OEA; luego el abandono de Estados Unidos; y paralelamente la capacidad del FSLN para lograr un acuerdo con opositores provenientes de las filas de los conservadores, como Violeta Barrios, la viuda de Pedro Joaquín Chamorro, del mundo de los negocios, y Alfonso Robelo, del mundo sindical, con el fin de formar un gobierno de transición que apelaba a una política de no alineación, de economía mixta y de pluralismo político— resulta incomprensible si no se toma en cuenta esta mutación.

## 8. La insurrección final y la instauración de la hegemonía sandinista

Los diez meses que transcurrieron desde la insurrección de septiembre de 1978 hasta la derrota de Somoza no sólo se caracterizan por la erosión creciente de su poder, tanto a nivel nacional como internacional, sino también por la capacidad del Frente de convertirse en el actor dominante del proceso revolucionario. Se sabe que la cronología de este periodo está marcada por una multiplicación de las acciones de todo tipo, realizadas por los distintos

<sup>34</sup> Véase acerca de este punto la información proporcionada por Humberto Ortega (2010), y por Caroit y Soulé (1981), así como el testimonio de Jorge Masetti (1999).

grupos de opositores; opositores que además van viento en popa debido a que en la escena internacional Somoza vive un aislamiento creciente. En febrero de 1979, Estados Unidos le retira su ayuda; en mayo, la asamblea de la OEA lo conmina a dimitir; algunos días después, México rompe relaciones diplomáticas con Nicaragua; y, finalmente, en las semanas siguientes otros países latinoamericanos hacen lo mismo. Estos cambios en la escena internacional impulsan al Frente a llamar a la ofensiva final para los últimos días de mayo; y a principios de junio, la Iglesia legitima la vía armada. Así, monseñor Obando declara en el diario español *El País* que “la insurrección tiene una legitimidad histórica, cualesquiera que sean sus consecuencias [...] y que Somoza no se irá más que por la fuerza”.<sup>35</sup>

Esos meses también propiciaron un encuentro entre la estrategia insurreccional de los dirigentes terceristas del FSLN y la de la juventud nicaragüense. No se trataba exclusivamente de los jóvenes provenientes de las clases populares, quienes en efecto constituirían el grueso de los insurgentes, sino también de los jóvenes emergidos de las clases medias y de las “buenas familias”, quienes vieron en el proyecto tercerista tanto la posibilidad de derrocar a Somoza como la oportunidad de crear una sociedad nueva que no fuera solamente un “somocismo sin Somoza”. Por su parte, los “muchachos” de extracción popular aspiraban a una sociedad en la que pudieran gozar de una dignidad y de los recursos mínimos, y en la cual ya no reinaran las disparidades sociales que caracterizaban al país. Los contornos de la sociedad que anhelaban eran, desde luego, confusos; e incluso algunos de ellos no tenían más aspiraciones que poder ocupar posiciones sociales de las que habían sido excluidos. Sin embargo, no cabe ninguna duda de que, para ellos, el derrocamiento de Somoza debía conducir a una redistribución de las cartas del juego social. Los hijos de las clases medias, al igual que una parte de los de las clases altas, también estaban hartos de un régimen que consideraban ineficaz y arcaico. El asesinato de Pedro Joaquín Chamorro les hizo sentir que ya nadie estaba a salvo de la violencia de los allegados a Somoza, y el grupo de los doce le confiere un rostro tranquilizador a los terceristas. Tampoco cabe duda de que la ambigüedad misma del programa del Frente no jugaba a su favor. Las proclamaciones de las diferentes tendencias oscilaban entre, por una parte, las proclamaciones marxistas-leninistas y la voluntad de imitar a Cuba y, por la otra, el programa de no alineación internacional, de economía mixta y de pluralismo político, al cual se suscribió el Frente cuando participó en la creación de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional a principios de julio de 1979. Esta oleada, lejos de provocar divisiones, permitió,

<sup>35</sup> Bataillon (2003: 187; traducción al español: 174).

por el contrario, contar con un abanico muy amplio: marxistas-leninistas de estricta obediencia o cristianos radicalizados. Por último, y sin duda lo más importante, los sandinistas sedujeron a la juventud debido a que eran hombres nuevos con los cuales podían identificarse, pues ofrecían un papel histórico a todos aquellos que hasta entonces habían estado relegados a papeles subalternos, tanto por la edad como por la condición social.

Las seis semanas de la insurrección final (28 de mayo-19 de julio) serían un momento decisivo, pues le darían cuerpo a una movilización de la juventud, tanto a largo plazo como a una escala nunca antes vista. Así, lo primero que conviene comprender es el incremento de la fuerza numérica de los “muchachos”. A finales de septiembre de 1978, los guerrilleros y aquellos que los apoyaban eran apenas algunos cientos, entre 500 y 800 personas.<sup>36</sup> En vísperas de la puesta en marcha de la ofensiva final, los guerrilleros eran cerca de 1 200 y los milicianos eran algunos más, 1 300 (Chavarría, 1982: 34-35). El 19 de julio, el día del triunfo, los guerrilleros eran 2 000 y los milicianos 3 000 (Gorman, 1982: 123). Esos 5 000 combatientes eran, en su inmensa mayoría, jóvenes salidos de los estratos populares que se habían integrado muy recientemente a las estructuras militares del Frente.

Esta movilización de la juventud se llevó a cabo en un proceso contradictorio. Un comunicado de los terceristas publicado en abril de 1979 da muy bien cuenta del estado de ánimo insurreccional que buscaban infundir:

La dictadura somocista —grupo terrorista en el poder— con la guerra de exterminio que ha declarado a nuestro pueblo nos ha enseñado que solamente existen dos bandos, por un lado el PUEBLO con su ejército popular sandinista con sus médicos, abogados, obreros, campesinos, estudiantes y periodistas honestos y por el otro, el ejército genocida del dictador y su grupo de parásitos profesionales (alcaldes, jueces, periodistas indecentes, etc...) que le adhieren a estos últimos, a toda esta camarilla combatiremos con la mayor violencia [...]. Ningún somocista escapará a la justicia sandinista, hoy más que nunca repetimos a gritos y con nuestra consigna ¡muerte al somocismo! Llamamos a nuestro pueblo a desatar toda la violencia revolucionaria posible como respuesta a la violencia reaccionaria. (Citado por Ronan Jaheny, 2005: 224, nota 272)

La violencia a la cual se convocó no fue siempre una violencia organizada y operada bajo el mando de una dirección político-militar, sino que también se dio una desorganizada y espontánea. Ciertamente, existió una violencia centralizada y organizada, como los repetidos ataques del FSBZ,

<sup>36</sup> Jaheny (2005: 87); Bayardo Arce habla de menos de 1 500 simpatizantes en total, en Invernizzi, Pisani y Ceberio (1986).

conducidos desde los márgenes del territorio costarricense contra las mejores tropas de la Guardia, o incluso los de las columnas de la guerrilla que operaban en las zonas rurales y que maniobraban para apoderarse de las pequeñas ciudades y, una vez que las liberaban, marchar hacia Managua. No obstante, también estaban las insurrecciones urbanas, las cuales repetían a una escala mucho más amplia los procesos vigentes durante la insurrección de septiembre. Efectivamente, también allí algunas columnas atacaron los puestos de la Guardia Nacional. Sin embargo, paralelamente, algunos “muchachos”, milicianos descontrolados, levantaron barricadas, aislaron sus barrios y los tomaron bajo su control. Otros más hicieron lo mismo en algunas aglomeraciones rurales. Y fue precisamente en esos perímetros donde se desarrollaría una violencia revolucionaria espontánea y ampliamente desorganizada. Ésta en ocasiones se mantuvo con un bajo perfil, pero en otras condujo a asesinatos selectivos, consumados a iniciativa de algunos combatientes, y en otras más a ejecuciones al término de juicios sumarios. El control de los insurgentes se acompañó de decomisos que oscilaban entre el pillaje y la requisición en debida forma. Lo que conviene entender es cómo esos llamados a la violencia popular pusieron en marcha y legitimaron una violencia descentralizada y permitieron a los “muchachos” —y de manera general a todos los que apoyaban la insurrección— experimentar un nuevo poder. Adquirieron poderes de vida o de muerte en los barrios de los que tomaron el control, se apoderaron de bienes y armas que tenían la capacidad de redistribuir. Lejos de ser breve, este control se vuelve, por el contrario, durable, ya que los miembros del Consejo de Defensa Comunitaria (CDC) y algunos combatientes se convirtieron en las autoridades administrativas de facto de las zonas liberadas.<sup>37</sup>

Sin embargo, este nuevo papel de los “muchachos” no los convertiría en actores políticos autónomos, sino que, por el contrario, los llevaría a subordinarse estrechamente al Frente o, si se rehusaban, a regresar a su condición de origen y a permanecer al margen del proceso revolucionario. Así, el fortalecimiento de la insurrección y la derrota de Somoza fueron efectivamente posibles gracias a la respuesta que tuvo la juventud a las consignas lanzadas por el Frente; pero, más allá de la insurrección, esta juventud prácticamente no tendría margen de maniobra, de hecho, no más del que tendrían los jefes militares, incluso los más prestigiosos, como Pastora, ante los dirigentes históricos de las diferentes tendencias del FSLN que integraron la nueva Dirección

<sup>37</sup> Los testimonios recopilados por Arqueles Morales (1986) ofrecen un buen panorama de la insurrección en Managua. A éstos hay que agregar la obra de Gérard Lutte (1984, en especial las páginas 46 a 67).

Nacional. Los primeros fueron integrados en posiciones de subordinación durante la insurrección e incluso algunos se convirtieron en guerrilleros y otros en simples milicianos. El ejemplo de Charrasca en León demuestra que esta obediencia no era sólo palabrería. A pesar de ser miembro del Estado Mayor de la insurrección en esa ciudad, fue encarcelado por insubordinación y lo mantuvieron a la sombra durante todos los últimos días de los combates. Una vez conseguido el triunfo, fue enviado a formarse en la academia militar cubana, de donde fue expulsado tras asaltar un banco en Cuba en perjuicio de las autoridades. Acabaría abatido por la policía sandinista tras un nuevo golpe a finales de 1979. Otros combatientes fueron simple y sencillamente desarmados. Probablemente, ni las fuerzas insurgentes ni los diferentes frentes de guerra sandinistas constituían, el 19 de julio, una fuerza disciplinada que siempre respondía perfectamente al unísono; pero sí estaban concentrados en un movimiento de centralización de la autoridad y de subordinación de los combatientes que por supuesto fue buscado por la Dirección Nacional, pero también por otros actores del Frente y de su periferia.<sup>38</sup> Al interior del Frente, cada quien se esforzaba por ganar los favores de los nuevos miembros, de quienes se esperaba fungieran como los interlocutores de las demás fuerzas que componían los órganos del poder provisional y que, a su vez, estos órganos buscarían privilegiar a las personas en quienes confiaban para el futuro.

Los errores de maniobra del presidente interino Urcuyo reforzaron aún más el poder de la DN. En efecto, los acuerdos anteriores entre la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional y la comunidad internacional preveían que, tras la transferencia de poderes de Urcuyo a la Junta, se procedería a un cese del fuego y que se formaría un ejército conjunto y apolítico, mezclando por mitades a los ex miembros de la Guardia Nacional y a los ex guerrilleros sandinistas; todos bajo la autoridad de un antiguo oficial de la Guardia Nacional que había llamado a la rebelión contra Somoza. Sin embargo, Urcuyo se rehusó a aceptar este esquema, declarando que él no pretendía permanecer en el poder 48 o 72 horas, sino varios años. Así pues, los combates se duplicaron y la Guardia Nacional se desbandó o se rindió. Entonces, los insurgentes eran ya los únicos que podían ejercer un poder militar. De pronto, tanto los miembros de la comunidad internacional como los líderes de los distintos componentes de la oposición a Somoza temieron una situación en la que el país sería dividido en una multitud de feudos militares, más o menos autónomos. Y todos estuvieron a favor de tomar cuanto antes las riendas de los diferentes grupos insurgentes y reunirlos en una estructura de mando

<sup>38</sup> Ronan Jaheny también da indicaciones muy valiosas sobre esto en su tesis (Jaheny, 2005).

único. A los insurgentes, independientemente de cuáles fueran sus afinidades con los miembros de la DN, tampoco les quedaba otra posibilidad más que reconocer su poder, so pena de perder todos los posibles beneficios de una integración al nuevo ejército o a la nueva policía. De pronto, la Dirección del Frente, que debió haber permanecido a la retaguardia de ese órgano ejecutivo provisional que era la JGRN —y que habría tenido el control del nuevo ejército apolítico— se encontraría en posición de último árbitro, debido a su control de los insurgentes. Desde finales del mes de julio, la Junta reconoció ese poder *de facto* y le otorgó una legitimidad institucional. Bajo las órdenes de Tomás Borge —uno de los líderes de la facción GPP que ocupaba un escaño en la Dirección Nacional—, la nueva policía formada por antiguos guerrilleros recibe el nombre de Policía Sandinista. El nuevo ejército recibe el nombre de Ejército Popular Sandinista (EPS), cuya comandancia se le confía a Humberto Ortega, él también miembro de la Dirección Nacional. A partir de entonces, el eslogan del FSLN “Dirección Nacional ordena”, no será sólo un eslogan, sino una realidad, como lo demostraría la continuación del proceso revolucionario.

No hay duda alguna de que los actores de la revolución sandinista fueron los “muchachos” surgidos de las clases populares; de hecho, fueron ellos los que constituirían el grueso de las víctimas de los combates contra la Guardia Nacional.<sup>39</sup> El buen recibimiento dado a su movilización se vio favorecido, evidentemente, por toda una tradición político-literaria nicaragüense, y de manera más general latinoamericana, así como por los llamados a la modernización, los cuales resonaron en el país desde la década de 1960. Ese papel motor de la juventud también quedó subordinado a las *desiderata* de los sandinistas. La autonomía que tuvieron durante el proceso insurreccional no desembocó, ni durante la propia insurrección ni después de ésta, en la capacidad de transformarse en un actor capaz de hablar en nombre de un grupo de edad. Habían sido encargados, por el conjunto de los actores sociales y políticos en lucha contra Somoza, de movilizarse contra la Guardia Nacional, pero desde que se obtuvo la victoria, y a veces incluso durante los combates, fueron encuadrados y sometidos a la autoridad de los sandinistas. Más aún, los sandinistas han evocado sus sacrificios para hablar en su nombre y, de manera más general, en nombre de las clases populares. La revolución de los “muchachos” se hizo, a la vez, bajo el control del FSLN y llevando a éste al poder. El mejor ejemplo de este proceso y de los menosprecios que lo han acompañado es quizás la trayectoria de Charrasca. Encarcelado en

<sup>39</sup> Cf., para un balance de estas pérdidas, las páginas que dedica a este tema Carlos Vilas (1987).

vísperas de la insurrección, luego asesinado en una riña con la policía, su silueta también daría la vuelta al mundo gracias a las fotografías de Susan Meiselas. Charrasca encarnaría incluso a los jóvenes cristianos de las comunidades de base que se unieron al Frente a pesar de que él era un pandillero proveniente de los estratos populares y a pesar de que su crucifijo era testigo de una religiosidad popular completamente tradicional.

Traducción del francés de Vania Galindo Juárez

Recibido: febrero de 2012

Revisado: abril de 2013

Correspondencia: CESPRA-EHESS/105 BD Raspail/75006/París/Francia/correo electrónico: gilles.bataillon@ehess.fr

## Bibliografía

- Alegría, Claribel y Darwin J. Flakoll (1982), *Nicaragua la revolución sandinista*, México, Era.
- Arias, Pilar (1980), *Nicaragua: revolución. Relatos de combatientes*, México, Siglo XXI.
- Baltodano, Mónica (2010), *Memorias de la lucha sandinista*, vol. 1: *De la forja de la vanguardia a la Montaña*, vol. 2: *El crisol de las insurrecciones: las Segovias, Managua y León*, vol. 3: *El camino a la unidad y al triunfo: Chinandega, Frente Sur, Masaya y la toma del Búnker*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centro América.
- Bataillon, Gilles (2008), *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bataillon, Gilles (2003), *Genèse des guerres internes en Amérique centrale (1960-1983)*, París, Les Belles Lettres.
- Belli, Gioconda (2003), *El país bajo mi piel: memorias de amor y guerra*, Nueva York, Vintage.
- Bizot, François (2002), *Le portail*, París, Gallimard, colección Folio.
- Blandón, Chuno (2008), *Entre Sandino y Fonseca*, 2ª edición corregida y aumentada, Managua, Segovia Ediciones Latinoamericanas.
- Bolaños, Miguel (1996), *Los años de la Tortuga Morada*, Managua, ANAMANA-CNE.
- Cabezas, Omar (1982), *La montaña es más que una inmensa estepa verde*, México, Siglo XXI.
- Caroit, Jean-Michel y Véronique Soulé (1981), *Nicaragua le modèle sandiniste*, París, Le Sycomore.
- Castillo, Miguel Ángel, Mónica Toussaint y Mario Vásquez Olivera (2011), *Centro-*

- américa, historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010*, vol. 2, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Chamorro, Violeta (1997), *Sueños del corazón: memorias*, Madrid, Acento.
- Chavarría, Ricardo (1982), "The Nicaraguan Insurrection: an Appraisal of its Originality", en Thomas Walker (ed.), *Nicaragua in Revolution*, Nueva York, Praeger, pp. 25-40.
- Cherem, Silvia (2004), *Una vida por la palabra. Entrevista con Sergio Ramírez*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Christian, Shirley (1985), *Nicaragua Revolution in the Family*, Nueva York, Random House.
- Fonseca Amador, Carlos (1982), *Obras*, vol. 1, Managua, Nueva Nicaragua.
- Gobat, Michel (2010), *Enfrentando el sueño americano. Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centro América, UCA.
- Goldenberg, Boris (1965), *The Cuban Revolution and Latin America*, Londres, Georges Allen & Unwin.
- Gorman, Stephen M. (1982), "The Role of Revolutionary Armed Forces", en Thomas Walker (ed.), *Nicaragua in Revolution*, Nueva York, Praeger.
- Invernizzi, Gabirle, Francis Pisani y Jesús Ceberio (1986), *Sandinistas*, Managua, Vanguardia.
- Jaheny, Ronan (2005), *Le rôle des combattants dans la prise du pouvoir du Front sandiniste de libération nationale. Étude du processus révolutionnaire à León, Nicaragua (septembre 1978-août 1979)*, París, Universidad de París III, IHEAL, tesis de doctorado.
- Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt (dirs.) (1996), *Histoire des jeunes en Occident*, vol 2, *L'époque contemporaine*, París, Le Seuil.
- López, J., O. Núñez, C. F. Chamorro y P. Serres (1980), *La caída del somocismo y la lucha sandinista en Nicaragua*, San José, EDUCA.
- Lutte, Gérard (1984), *Il n'y a plus d'adolescence. Les jeunes au Nicaragua*, París, Éditions Ouvrières.
- Mack Chang, Myrna (1995), *Organización y movilización. La propuesta nicaragüense de los 80 para Centroamérica*, Guatemala, Fundación Myrna Mack-AVANCOSO.
- Masetti, Jorge (1999), *El furor y el delirio*, Barcelona, Tusquets.
- Mayeur, Jean Marie (1986), *Catholicisme social et démocratie chrétienne*, París, Cerf.
- Meyer, Jean (1989), *Historia de los cristianos en América Latina siglos XIX y XX*, México, Vuelta.
- Morales, Arqueles (1986), *Con el corazón en el disparador*, Managua, Vanguardia.
- Morales Ávila, Ricardo (1981), *Obras*, Managua, Nueva Nicaragua.
- Nolan, David (1984), *The Ideology of the Sandinistas and the Nicaraguan Revolution*, Miami, Universidad de Miami.
- Ortega, Humberto (2010), *La epopeya de la insurrección*, Managua, Lea.
- Pisani, Francis (1980), *Muchachos*, París, Encre.
- Poulat, Émile (1977), *Église contre bourgeoisie*, París, Casterman.



- Ramírez, Sergio (1999), *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*, México, Alfaguara.
- Ramírez, Sergio (1997), *Biografía Mariano Fiallos*, 2ª edición, León, Editorial Universitaria, UNAN.
- Randall, Margaret (1999), *Las hijas de Sandino. Una historia abierta*, Managua, Anama.
- Randall, Margaret (1980), *Todas estamos despiertas. Testimonios de la mujer nicaragüense*, México, Siglo XXI.
- Raymont, Henry (2007), *Vecinos en conflicto: la historia de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica desde Franklyn Delano Roosevelt hasta nuestros días*, México, Siglo XXI.
- Rivera, Francisco y Sergio Ramírez (1989), *La marca del Zorro, hazañas del comandante Francisco Rivera Quintero contadas a Sergio Ramírez*, Managua, Nueva Nicaragua.
- Torres, Hugo (2003), *Rumbo norte. Historia de un sobreviviente*, Managua, Hispamer.
- Valle-Castillo, Julio (2005a), *El siglo de la poesía en Nicaragua*, vol. I, Managua, Colección Cultural de Centro América, Serie Literaria núm. 15.
- Valle-Castillo, Julio (2005b), *El siglo de la poesía en Nicaragua*, vol. II, Managua, Colección Cultural de Centro América, Serie Literaria núm. 15.
- Valle-Castillo, Julio (2005c), *El siglo de la poesía en Nicaragua*, vol. III, Managua, Colección Cultural de Centro América, Serie Literaria núm. 15.
- Vilas, Carlos (1987), *La Revolución sandinista*, 4ª edición, Madrid, Buenos Aires, México, Legasa Nueva Información.
- Walter, Knut (2004), *El régimen de Anastasio Somoza 1936-1956*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica, Universidad Centroamericana.
- Weber, Henry (1981), *Nicaragua la révolution sandiniste*, Paris, François Maspéro.

### Acerca del autor

Gilles Bataillon es director de estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (París) y profesor invitado en la División de Historia del CIDE (México). Sus áreas de interés son la sociología de las formas políticas de América Latina (siglos XIX al XX). Entre sus publicaciones recientes están “Claude Lefort, the Practice and Thought of Disincorporation”, en Martín Plot (ed.), *Claude Lefort: Thinker of the Political*, Londres, Palgrave Macmillan, 2013, pp. 89-106; “Un maître d'école dans la révolution sandiniste”, postface en Dionisio Melgara, *Souvenirs d'un Indien des bords du fleuve*, Paris, Vendémiaire, 2012, pp. 271-301; y “Ernesto Guevara, héroe revolucionario y apologista del poder del egócrata”, en Marco Estrada Saavedra y Gilles Bataillon (eds.), *Cruzadas seculares: religión y luchas (anti)revolucionarias*, México, El Colegio de México, 2012, pp. 161-193.

